

EL BUEN PAGADOR ES DIOS.

DE UN INGENIO DE ESTA CORTE.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

El Emperador.
Alexandro.
Lisardo.
Doristo.
Clemente.

* * *
* * *
* * *
* * *
* * *
* * *

Serafina.
Irene.
Flora.
Don Ramon.
Morcon.

* * *
* * *
* * *
* * *
* * *
* * *

Ricardo.
Carlos.
Un Escudero.
Marineros.
Criados.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Emperador, Ricardo, Irene, Flora,
y acompañamiento al son de caja,
y clarín.

Voces. **V**iva nuestro Emperador
edades, y siglos.

Todos. Viva.

Musica. Y pues nuevo Marte de la Alexandria
sale à la campaña, las voces repitan,
que triunfe, que reyne, que venza, que viva.

Tod. Que triunfe, q̄ reyne, que venza, que viva.

Emper. Deudos, y vasallos míos,
mi afecto à todos estima
los aplausos que me dáis,
y à vuestra lealtad dedica
mi estimacion recompensas,
que un Monarca se acredita,
quando de vuestras finezas
pone à cuenta sus fatigas:
y no en vano los vasallos,
altaa de la Monarquía

se llaman, pues son las basas
en que el dominio se afirma:
y pues que de mi jornada,
que dilate tantos dias,
el plazo ha llegado, oy,
porque veais lo que os estima
vuestro Rey, dexaros quiere
en rehenes de su partida
vuestro Príncipe Ricardo,
con Irene mi sobrina,
à quien en alegre lazo
espero dexar unida
la sucesion de mi Imperio
en bolviendo (como fia
mi esperanza) vencedor;
y así vuestra voz repita,
viva el Príncipe Ricardo,
viva Irene mi sobrina.

Tod. y Musica. Que triunfen, que reynen;
que venzan, que vivan.

MA 169257
MSA 1610107

Ric. Aunque con vuestra jornada:-

Iren. Aunque con vuestra partida:-

Ric. Me dexais el sentimiento:-

Iren. Dexais la pena crecida:-

Ric. Solo con la ocupacion
à un Principe tan debida,
de asistir como criado
à la Princesa mi prima,
ya me dexais, gran señor,
motivo para que diga,
tendrè consuelo, si acaso
puedo acertar à servirla.

Iren. Nunca ha dudado mi afecto
de vuestra galanteria,
que lo noble, y lo bizarro
tan ayrosos se compitan:
si bien la ausencia del Sol,
que aqueste Cielo ilumina,
es justo que la echen menos,
aun los Astros, que mas brillan.

Emp. Con una, y otra atencion
tan amorosa, acredita
mi cariño ser los dos
los polos en quien estriva
mi edad, las dulces quietudes,
que el descanso solicita.

Iren. Pero permite, señor,
que el propio interès te riña
(de nuestro afecto) el hacer
ausencia de nuestra vista.

Ricard. Quando de Constantiopia
ha señor tan pocos dias
que has llegado, que aun no se,
si te ha visto Alexandria,
còmo tan de passo intentas
hacer la marcha?

Emper. Ay sobrina!
ay Ricardo! que no es
voluntaria mi partida,
sino precisa: bien dixo
el que dixo, que la invicta
Corona no en vano estaba
de oro, y piedras guarnecida,
para que disimulada,
se haga al hombre apetecida;
y aunque ligera al tomarla,
està pesada al ceñirla,
que si al tiempo de ponerla

las puntas que la autorizan
supieran muchos que son
las mas agudas espinas,
muy pocos la dexarian,
y todos la dexarian.

Digo esto, porque sepais,
que la inquietud de Sicilia,
(que tributaria à mi Imperio
ha tanto que se autoriza)
me obliga à que mi persona
la reduzca con su vista,
pues de la guerra de España
acofada, y perseguida,
quiere sacudir el yugo,
que la oprime, y la fatiga;
y voy con dos circunstancias,
que es, à foflegar la altiva
fedicion con mi presencia,
ò à ver si à la paz se inclina
el glorioso Rey Alfonso
de España, que ha muchos dias,
que ser su amigo deseo,
y mi Embaxador me avisa,
que trabajando en la paz
quedaba: esto me motiva
à apartarme de vosotros:
ved si en ocasion tan digna
puedo escusar el viage.

Tocan clarin, y sale un criado.

Criad. Ya, gran señor, la partida
està, como nos mandaste,
dispuesta.

Iren. Quien tanto estima
à tu Magestad, señor,
como yo alcanzar podria
licencia de iros sirviendo?

Ricard. Ya parece que mi prima
arreatò à mi deseo
la obligacion tan precisa,
que tengo por hijo vuestro,
que no es bien, señor, que diga
la fama, que yo en la paz
me quedo, quando la invicta
Magestad de tu persona
à la guerra se dedica.

Emper. A vos, sobrina, el deseo
mi amor de nuevo os estima;
y à vos, Principe, agradezco,

que

que la ardiente sangre altiva,
que heredasteis de mi aliento,
mostreis ; pero en mi partida
no conviene que vengais:
mi persona no peligra,
vos en mi ausencia importais:
dadme los brazos, sobrina.

Iren. Humilde estoy à tus pies.

Emper. Levantad , porque no es digna
esfera mis pies , de quien
aun el Sol no lo sería.

Ricard. A mi, gran señor, la mano
me dad.

Emper. Es acción debida
esta humildad à quien sois:
tomad , y pues de vos sia,
Príncipe, mi confianza
el cuidado , y la fatiga
de mirar por los vasallos,
obligacion tan precisa,
tratadlos como à hijos míos,
porque es razon, y justicia.

Ricard. Así, gran señor, lo harè.

Iren. Dadme permiso, que ós sirva
en acompañaros.

Ricard. Vamos.

Emper. Quedaos, Príncipe, sobrina,
quedaos , que no lo permito.

Alex. y Iren. Musica , y salva repitan:
Viva nuestro Emperador,
edades , y siglos viva.

Musc. y voces. Y pues nuevo Marte de la
Alexandria

fale à la campaña, las voces repitan,
que triunfe , que reyne , que venza,
que viva.

*Vase el Emperador , y acompañamiento,
y quedan Ricardo , Irene, y Flora.*

Ricard. Ya que de amante, y criado
el Cielo , Irene divina,
permite , que en atenciones
nuevos cuidados os rinda,
mientras que mi padre buelve,
aunque à mi persona diga,
que el gobierno encarga ; yo,
como deuda tan debida,

pongo à vuestros pies el mando:
mas no es mucho que lo rinda,
quien à vuestro hermoso cielo
tiene postrada alma, y vida.

Iren. Aunque la oferta, Ricardo,
sea en vos cortesania,
no desmerece en mi afecto
para que estè agradecida:
governad como es razon,
que para mi ferà dicha,
veros desde amante à Rey
passar la distante linea:
Flora?

Flor. Què es lo que me mandas?

Iren. Que avisè la montería
para esta tarde , que quiere
salir.

Ricard. Para que os asista
me dareis licencia? *Iren.* No,

que no es justo que se diga,
que faltais vos en la paz
al gobierno, y la justicia,
y así partamos distancias:
yo me voy à la batida,
que es imagen de la guerra:
y si en dos cuerpos unida
un alma ha de estàr, yo en vos
quedo para la fatiga
del despacho : vos en mi
vais para la divertida
inclinacion de la caza,
que no es justo se dividan,
entre el trabajo , y placer,
vuestro afan de mi alegría. *Vase.*

Ricard. Discretamente su cielo
de mi obligacion me avisa,
y así cumpliendo con todo,
irè esta tarde à servirla. *Vase.*

Dentro Marineros.

1. *Marin.* Ferra de gavia, que el viento
lleva con fuerza cruel
à las peñas el baxèl.

Marin. Amayna. 1. Amayna.

Clem. Elemento
feròz, que en sobervias olas
burlas suspiros , y quejas,
por què entre espumas no dexas

fiquiera esperanzas solas?

Salen Lisardo, y Doristo.

Dorist. Mira, Lisardo, un baxèl,
subiendo al Cielo, y baxando,
para su ruina luchando
en brazos del mar cruel.

1. Alija, alija.

Clem. Què yelo

mortal el mar nos previene!

Alex. Ya à pique el baxèl se viene.

Lisard. Què lastima!

Todos. Favor, Cielo.

Dorist. En la chalupa se arrojan
algunos: el Cielo quiera
darles paz en la ribera,
que las aguas blandas mojan.

Lisard. Gracias à Dios, que ya llegan
libres tres personas solas,
y las enemigas olas
el roto baxèl anegan.

Dorist. Què riqueza, què tesoro,
què gente se avrà perdido!

Lisard. Dichoso yo, que me olvido
con pobres redes del oro.

Correse la cortina, y passaràn del lado izquierdo al derecho en un barco Clemente, Alexandro, y Serafina, y salen al tablado.

Clem. Inmenso Dios, còmo puede
dar gracias hombre mortal
por un beneficio tal,
que los limites excede
del pecho mas liberal?
Cessen las vanas querellas
de las olas, aunque en ellas
cerca he visto de mi mismo
las tinieblas del Abismo,
y del Cielo las Estrellas.
Con mis hijos libre llego:
dexate, tierra, besar:
si Eneas pudo librar
un viejo padre del fuego,
dos hijos libro del mar.

Seraf. Dame tus brazos, señor.

Alex. Buelva à engendrarme otra vez
el amor en tu vejez,

Clem. No viò el Cielo igual amor
desde el Arics hasta el Pez.

Alex. Pobres los tres nos hallamos;
pero con vida en efeto.

Seraf. La tuya, señor, prometo,
que Alexandro, y yo estimamos.

Clem. No es pobre el hombre discreto;

Lisard. El parabien de la vida
daros podrà, el que quisiera,
que al ocio de esta ribera,
la triste nave perdida
con prospera paz viniera.

Clem. Guardeos Dios.

eraf. El sentimiento *ap.*
de la pèrdida cruel

de Carlos, que en el baxèl
venìa, es mayor tormento;
Ay malogrado contento!

Dorist. Perdeis mucho?

Alex. Tristes hados!
quatrocientos mil ducados
en el mar vè sumergidos:
què facilmente perdidos!
con què trabajo ganados!

Clem. Perdi, al fin, un gran tesoro:
hallowe como naci;
pero estos hijos que adoro,
son dos naves para mi
cargadas de plata, y oro.

Lisard. Cerca estais de Alexandria;
y aunque humilde Pescador,
podrè (perded el temor)
daros una choza mia,
llena de redes, y amor:
aqui al confuso ruido
de esse pielago temido
vida quieta passareis,
y en efeto vivireis
à vista del bien perdido.

Clem. Yo, amigo, tan pobre estoy,
que la palabra que ofrees
aceto. *Lisard.* Pues yo mil veces
la cumplirè: Amiclas soy,
si tu Cesar me pareces,
choza, barquilla, y persona,
si no Imperio, ni Corona,
ofrezco à tus nobles canas:
no llores riquezas vanas

à quien el mar no perdona.

Clem. Antes me confuela, amigo,
verlas perdidas así,
porque no es desdicha en mí,
sino piadoso castigo.

Lisard. De què suerte?

Clem. Escucha.

Lisard. y Dorist. Di.

Clem. Es la Patria de quien huyo
Zaragoza de Sicilia,
mis Padres fueron ilustres,
y mi Casa es bien antigua.
Profesè quando mancebo
la Militar disciplina,
que à bèlicos exercicios
animos nobles se inclinan.
Oficios tuve en la guerra;
pero dexèlos un dia
por el ocio de mi casa,
y el amor de mi familia.
Casè la primera vez
con noble muger, y rica:
calle, que un hijo que tuve, *ap.*
(ay perdida prenda mia!)
no sè si vivo es, ò muerto
en España; y en Sicilia
del primero matrimonio
viudo, tuve à Serafina,
y à Alexandro en otra esposa;
que Esferas Celestes pisa.
Cubriòme la edad de canas,
y el corazon de codicia,
pasion de viejos, que piensan,
que ricos se immortalizan:
al fin, amigo, en diez años
adquiriò la industria mia
èssas riquezas, que agora
robadas del agua miras.
Sepultado el corazon
en mis riquezas tenia,
sin acordarme del Cielo:
(què miseria! què desdicha!)
Tyrano fui para el pobre,
Ministro que Dios embia
à cobrar lo que nos sobra,
porque es fuyo de justicia.
Ninguna limosna daba,
que con ser las obras pias

las que miran al pecado,
era cruel mi malicia:
Què bien que huvieran lucido
èssas riquezas perdidas
en las manos de los pobres
miserables, y encogidas!
Tragòlas el mar furioso,
y los Cielos me castigan,
que los vientos, y las aguas
por su mandato las quitan.
Adquirieronse tratando
en Estrangeras Provincias,
desde la Arabia caliente,
hasta la Alemania fria.
Vieron essa rota nave
anchos mares peregrina,
fegura de mil Cofarios,
Persas, Arabes, y Scitas:
si atrevida navegaba,
prosperamente bolvia,
porque el mar la conservaba
para mayores ruinas.
Esta paz tan cautelosa
del mar, sepulcro de vidas,
y de riquezas humanas,
engañò mi fantasia,
juzguè que fuera perpetua:
locos son los que se fian
del hombre, del mar, del tiempo,
solo Dios es Verdad viva.
Imaginè mi tesoro
doblarlo en Alexandria,
porque siempre el codicioso
en ganancias imagina,
donde para assegurar
con el descanso mis dichas,
à mis dos hijos llevaba,
porquè con mi hacienda rica
pudiesen tomar estado,
por ser su madre Dionisia,
que ya està pisando Estrellas;
natural de Alexandria.
Lleno de piedras preciosas,
sedas, y purpura fina,
que en Damasco, Tyro, España
conchas, y gusanos crian,
esse leño, que has mirado,
hasta èssas rocas yenia,

don-

donde el Cielo justiciero
guardò su fatal ruina.
Escapamos en un barco,
ò por milagro, ò por dicha,
ò porque ya mi pobreza
de exemplo à los hombres sirva:
las vidas, y aquesta joya,
que acafo al pecho traia,
son el caudal que tenemos,
gracias à Dios infinitas:
à pobres darla pretendo,
y en la soledad tranquila
de esta ribera passar
el termino de mis dias:
Alexandro, y yo podrèmos
alimentar esta hija,
que en vez de lagrimas vierte
perlas, que el Jordàn embidia:
tosco trage vestirèmos,
y en tu tremula barquilla
tenderèmos sobre el mar
la red marañada, y limpia.
Estos, Pescador piadoso,
son mis sucessos, que admiran,
y aqueste serà el remedio
de mis passadas desdichas.

Lisard. Lastimosa historia ha sido;
mas ya que à vivir te aplicas
en el campo, y dar à pobres
lo que de las ondas libras,
al pie de aquella montaña,
que el mar con sus ondas lima,
ay un pobre Pescador,
que graves males suspira;
rico ha sido como tu,
en los sucessos te imita,
desnudo infelizmente
fobre una piedra se inclina:
limosna serà bien dada.

Clem. De tu mano la recibo.

Dorist. Pues, señor, estando pobre,
y teniendo hijos, mas digna
serà la limosna en ellos.

Alex. No serà, si bien lo miras,
que yo lo podrè ganar,
y ayudar con mi fatiga
à mi padre, y à mi hermana,
y quien se halla en la agonìa

de males desnudo, no.

Clem. Ay hijo del alma mia!
Dios te premiarà esse zelo.

Alex. Si oy nacen los que se libran
del mar, nada hemos perdido.

Seráf. Limosna acepta, y debida
serà dar este vestido,
que no es malo.

Clem. Ay Serafina
de mi alma! trueca, trueca
estas lagrimas en rifa,
que tu dote darà el Cielo.

Seráf. Como tu, señor, me vivas,
no quiero mayor riqueza.

Lisard. Vuestro zelo me dà embidia.

Clem. Què casa es aquella grande?

Lisard. El edificio que miras,
es la casa de placer
de Irene.

Clem. Quien es?

Lisard. Sobrina
del famoso Emperador
de Constantinopla.

Alex. Habita
en ella?

Lisard. Si, algunas veces,
porque à la caza se inclina:
ella, y Ricardo, que es hijo
del Emperador, solian
cazar en aquellos montes:
vamos, que en estas vecinas
barracas està mi casa,
reparareis la fatiga,
y lusto del mar.

vase.

Clem. Tus passos
seguimos: ven, Serafina:
vamos, Alexandro.

vase.

Alex. Vamos.

vase.

Seráf. Ya te figo: ay pena mia!
es por ventura mi alma
de bronce, ò de piedra fria,
que en polvo no la resuelve
tan lastimosa desdicha?

Salgan en largas corrientes
mis lagrimas derrenidas.

Ay Carlos! oy te ha perdido
un alma, que en ti vivia.

Si ya mi dueño ha espirado,

De un Ingenio de esta Corte.

mudos peces , que el mar cria
no despedaceis su cuerpo:
Delfines , que à la harmonia
de voces , y de instrumentos
dais piedad agradecida,
facad el cuerpo de Carlos,
que mis quejas repetidas
musica son lastimosa,
dichas mal , si bien sentidas:
mas què me quexo , engañando
mis confusas fantasias?
Ojos llorad , callad lengua,
folamente el alma diga,
venga la muerte , pues ya,
sin Carlos no quiero vida. *vase.*

Voz. Ataja el bruto , que herido
en la espesura se ha entrado.

Voces. To , to , llama los Sabuefos.

*Saliendo por una puerta , y entrandose
por otra , y queda Flora con
venablo.*

Iren. Dexadle , porque mi brazo
quien le remate ha de ser.

Flor. El mio no : buen despacho
es querer , que venga yo
à verme entre sustos tantos.

Voces. Herida la fiera và,
y en el monte se ha calado.

Voz. Monteros , à la Princesa
seguid.

Iren. Dadme à mi un cavallo,
que yo al cerdoso animal
rendirè.

Voces. Al bosque , atajadlo.

Flor. Vaya muy enhorabuena.
Sale Morcon.

Morc. Quien demonios me ha engañado
en querer ser cazador?
huyendo del monte baxo,
que seguir à javalises,
es para podencos brabo:
por no ir à la guerra ayer,
como valiente Soldado,
hice lo que muchos , que es
faber dàr un tornillazo:
yo entre fieras? esso no.

Flor. Donde , Montero , ò Soldado,
huyendo vais?

Morc. Què sè yo;
aunque si sè : voy buscando
el quartèl de la salud.

Flor. Teneis miedo?

Morc. Tanto quanto;
y usted que me lo pregunta,
què hace aqui?

Flor. Estoy esperando
el Guardadamas.

Morc. Si usted
no lo dà por embarazo,
yo , aunque no guardè en mi vida
damas , secretos , ni quantos,
por guarda de essa belleza,
si gustais:-

Flor. Estais borracho?

Morc. No estoy , porque ha muchos dias,
que no lo pruebo ; y si acafo
me embriagara , solo fuera
de ver en vos tantos rayos.

Flor. Atrevido , no veis que
foy del Cielo de Palacio?

Morc. Perdonad , que yo juzguè
hablar de tejas abaxo.

Flor. Soy mas de lo que pensais.

Morc. Yo no.

Flor. Sois hombre ordinario:
proseguid vuestro camino.

Morc. Aviendooos aqui encontrado,
he de quedaros sirviendo,
que aunque Morcon , foy honrado.

*Salen el Principe , Ricardo , y un
Criado.*

Ricard. Por aqui dices que fue?

Criad. 1. Si señor , que yo esperando
estaba para avilarte.

Flor. Señor , seas bien llegado.

Ricard. Flora , y Irene?

Flor. Del monte,
en seguimiento se ha entrado
de una fiera.

Ricard. Seguirèla,
que no es razon:-

Dentro Carl. Cielo santo,
favor.

Ricard. Mas què es lo que escucho?

Carl. No ay quien me ampare?

Morc. Otro encanto

es este. *Ricard.* En el mar se oyó:

ola, no ay ningun criado
que sepa que es esto?

Sale Lisard. Yo,

gran señor, à lo que alcanzo
de la orilla del mar, es
un hombre que se ha escapado
de la tormenta, que oy
en esse golfo salado
ha avido, y sin duda està
en aquel solo peñasco,
pidiendo que le focorran.

Ricard. Id, focorredle en el barco.

Lisard. Señor, con la pesqueria
està en el mar.

Ricard. Ha Soldado,
id, y focorred à esse hombre.

Morc. Señor, en mi vida he entrado
en agua, porque me dixo
un Astrologo afamado,
que me tengo de ahogar
si en agua entro.

Lis. En mis brazos yo,
señor, le sacarè.

Ricard. Premiaros ofrezco: vamos
à vèr si à Irene en el monte
puedo hallar. *vanse.*

Flor. Pues yo aqui aguardo.

Morc. Yo tambien. *Flor.* Lindo focorro!

Morc. Señora Flora, no es malo.

Flor. No gusto gasteis mi nombre.

Morc. Es, que yo soy herbolario,
y voy buscando unas flores.

Flor. Estais desacomodado?

Morc. Si señora, y si gustais,
con una racion, y al año
de vuestro color ponerme
una librea de paño,
estarè con vos. *Flor.* Andad,
que no gusto de lacayos.

Morc. Los lacayos de vos si,
y segun tengo el olfato,
sois dama de menudencias.

Flor. No os he entendido, explicaldo.

Morc. Que de Sabado sois dama.

Flor. No lo entiendo.

Morc. Vamos claros,
que vuefamerced es mondonga:

entendeislo?

Flor. Quite el trasto,

y agradezca no aya quien
le mande matar à palos. *vase.*

Morc. Yo estimo mucho el favor:
alto, pues, veamos si acafo,
ya que à la guerra no vàs,
ni de Montero me hallo,
entre aquestos Pescadores
puedo servir de pescado.

*Salen Alexandro, y Serafina vestidos hu-
mildemente.*

Alex. Por què, Serafina, al monte
me sigues?

Serafin. Porque el enfado
de la playa, y de las redes
tràs ti me traen.

Morc. De aqui vamos
à vèr si algun Pescador
deste Morcon hace caso. *vase.*

Voces. Ataja, que de la cumbre
el cavallo desvocado
la despeña. *Seraf.* Favor, Cielos.

Alex. Què es lo que miro?

Voces. En su amparo
todos acudid. *Seraf.* Detente:
donde vàs?

Alex. A vèr si alcanzo
modo para remediar
tal desdicha.

Serafin. Tèn el passo,
que es imposible. *Alex.* Desvia,
bruto, ò me has de hacer pedazos,
ò no has de lograr tu intento. *Entrafe.*

Serafin. Ay suceffo mas estraño!
no me bastan mis desdichas,
fino el vèr en riesgo tanto
à un hermano? mas ya llega,
y delante del cavallo,
con un pedazo de tronco,
que en el propio monte ha hallado,
le detiene, y el fogoso
animal desatentado,
con un corcobè la arroja:
què desdicha! mas llegando
Alexandro, gran fortuna!
la ha focorrido en sus brazos,
y por sendas diferentes

gente viene , Cielòs santos,
retírome entre estas ramas,
que para mì no ay descanso,
pues ya todo me faltò
aviendo faltado Carlos.

*Retírase , y sale Alexandro con Irene
en los brazos.*

Alex. Dichoso , señora , quien
pudo librar en sus brazos
vuestra divina hermosura;
y aunque vuestro sea el milagro,
aviendo la tabla sido,
que os escapò del naufragio
de esse animado baxèl,
que atlante de vuestros rayos,
llevando en vos todo el Sol,
quiso llevarle à su Ocaso:
mia ferà la fortuna,
no vuestra , pues le aveis dado
merito para una dicha,
à quien nació desdichado.

Iren. Dos veces agradecida
estoy , mancebo gallardo,
à vuestro socorro , una
por la vida , que aveis dado
à mi destino , y la otra,
porque noble , y cortefano
sabeis enseñarme à mì
las atenciones del garbo:
quien fois?

Alex. Quien ya desde aqui
no dirà , que desdichado
nació , si para esta empreña
le tuvo el Cielo guardado.

Iren. No es esso lo que os pregunto:
como os llamais?

Alex. Alexandro.

Iren. Sois de Alexandria ? *Alex.* No
señora , del Siciliano
Reyno soy.

Iren. Y à què venisteis?

Alex. Fue el venir aqui un acaso.

Iren. Còmo?

Alex. Como en un baxèl
veniamos embarcados
mi padre , mi hermana , y yo ,
y en un escollò chocando,
porque ayraçada una tormenta

nos conduxo à riesgo tanto,
se hizo pedazos , y solo
los tres del triste naufragio
salimos , perdiendo toda
la hacienda ; pero què hablo?
no he perdido nada , puesto,
que supo guiarme el hado
donde gane mucho mas
quien ha merecido hablaros.

Iren. Conocíisme ? *Alex.* No señora;
aunque si os conozco , quando
veo , que fois la deidad,
que estos bosques ha ilustrado.

Iren. Sois noble ? *Alex.* Juzgo que si.

Iren. No es menester confesarlo
vos , porque vuestras acciones
dicen mas que vuestro labio:
aquesta joya tomad,
en pago de aver librado
mi vida.

Alex. No tomarè.

Iren. Por què?

Alex. Por no desayraros.

Iren. Desayrarme à mì?

Alex. Es constante:
no lo entendeis?

Iren. No lo alcanzo.

Alex. Ay paga para una vida?

Iren. Que aya à lo menos , aguardo
reconocimiento. *Alex.* Pues
esse es el premio mas alto:
si yo la joya tomàra,
grosseramente villano
ponia precio à vuestra vida,
y quedaba acreditado
de ser hombre vil , vendiendo,
à precio tan limitado,
la dicha de que quedeis
para siempre confesando,
que teneis que agradecerme,
que es el interès mas alto;
y así , para que los dos
quedemos bien , escusadlo:
tened vos que agradecer,
que yo de aquesto me pago.

Sale Flora , y Criados.

Flor. Llegad , que alli la descubro.

Criado. Con notable sobresalto

nos ha tenido tu Alteza.

Flor. Y yo por cueftas abaxo,
y cueftas arriba estoy,
fin poder menearme. *Criad. 2.* Vamos,
señora, à la Quinta, donde
te repares del cansancio.

Flor. El Principe anda en el monte
en tu busca. *Iren.* Cielos santos,
que aya en trage tan humilde
pensamientos tan hidalgos!
vamos, aunque no querais
paga de averme librado
del riesgo, os satisfarè
la vida que me aveis dado. *vans.*

Alex. Cielos, esta es la Princesa:
ya es mas dificil cuidado
el mio, pues era pobre,
y aora voy enamorado. *vase.*

Sale Seraf. Ya parece que se han ido,
y và tràs ellos mi hermano:
sola he quedado, (ay de mì!)
ò si pudiera en el llanto
anegar tantos suspiros,
que en el pecho rebentando
estàn por salir, y no
puedo de una vez echarlos!
Quien me dixera en Sicilia,
(ay perdido amante Carlos!)
que avia de verme, como
me veo, por ti llorando?
nunca yo te aconsejara,
que vinieras disfrazado
en el baxel, y dexaras
Patria, y hacienda: ò què daños
se originan de un error!
no era mejor, declarando
en Sicilia tus amores
à mi padre, y à mi hermano,
que hubiera quedado yo
contigo casada? ay Carlos,
yo te perdì para siempre!
Para quando, para quando,
Cielos, la muette guardais,
si al que la està deseando
parece se la negais,
porque sienta mas despacio?

Sale Ric. Perdido de los Monteros
todo el bosque he caminado

fin poder hallar à Irene,
y de la caza no alcanzo
el latido de los canes;
confieso que estoy cansado:
por aqui:- pero què miro!

Seraf. Un hombre està aqui.

Ricard. Milagro
es de perfeccion: Serrana,
fabreisme decir (encanto
es de los ojos) si aveis
visto à Irene, que cazando
por estos montes andaba?

Seraf. No conozco à quien nombrado
me aveis; pero lo que he visto
es la gente que ha pasado,
y una señora con ellos,
que de un furioso cavallo,
à no averla focorrido,
hubiera sido theatro
infeliz esta espesura,
y à una Quinta la llevaron
para que se reparara.

Ricard. Y fuisteis vos el milagro
de su despeño? que en vos
la deidad estoy mirando
de amor: venis disfrazada,
nueva Diana, à estos campos
à robar los alvedrios?
quien sois?

Serafin. Solo à mi cuidado
le faltaba otro tormento.

Ric. No respondeis? *Seraf.* Cortesano,
vuestro caminoid, que à vos
saber quien soy, escusado
serà. *Ricard.* No serà Aldeana.

Seraf. No os importará escusarlo.

Ricard. Si importará, que mi amor:-

Seraf. Ocioso estais, id volando
adonde està essa señora,
y acudid à su reparo.

Ricard. Decid quien sois.

Seraf. Pescadora

de essa ribera. *Ricar.* No en vano,
que sois deidad presumi,
pues de esse golfo salado
Venus de la mar fereis.

Seraf. No os entiendo.

Dent. Lisard. En aquel llano

le descubro. *Seraf.* Gente viene;
à Dios, señor Cortesano.

Ricard. Contigo he de ir.

Serafin. Es ocioso,
que tengo de embarazarlo.

Ricard. Como ha de ser?

Seraf. Con la fuga. *Ric.* Oye, aguarda.
Salen Lisardo, y Carlos.

Lisard. Todo el campo,
y montaña hemos corrido,
gran señor, y no te hallamos
hasta aora: el infeliz,
que mandaste del naufragio
focorrer, tienes aqui.

Carl. Y à vuestras plantas postrado,
no sè como agradeceros
la nueva vida que alcanzo
por vos, sino con decir,
que aqui teneis un esclavo,
que os reconoce por nuevo
padre, pues que le aveis dado
la vida segunda vez.

Ricard. Como os llamais?

Carl. Señor, Carlos.

Ricard. De donde sois?

Carl. Soy de España.

Ricard. Como fue vuestro naufragio?

Carl. De una tormenta cruel,
en estas peñas chocando
el baxèl en que venia,
gran señor, se hizo pedazos:
ay hermosa Serafina! *ap.*
si tu has muerto, por què alcanzo
yo la vida, que fin tì
no la estimo?

Ricard. Avreis quedado
pobre?

Carl. Si señor, y aún mas
de lo que puedo explicarlo.

Ricard. Sois noble?

Carl. Noble naci,
señor, pues soy desdichado,
que de la nobleza son
patrimonio los cuidados.

Ricard. Vos, Lisardo, este diamante
tomad, por aver librado
à Carlos.

Lisard. Guardete el Cielo.

Ricard. Y tu vendràs à Palacio,
que gusto de que me sirvas.

Carl. Obedecer tus mandatos
ferà mi mayor fortuna.

Ricard. De aqueste portento raro
de hermosura voy confuso:
y pues el trage villano *ap.*
me dice, que en la Ribera
la he de hallar, verè si acafo,
en la inquietud que padezco,
hallo el sosiego: el cavallo
me dad, Carlos, ven conmigo. *vaf.*

Carl. Ay Serafina! ay milagro
de hermosura! quien pensàra
verse en desconuelo tanto
como me veo? Piadosos
Cielos, decidme si acafo,
pues conmigo generosos
esta vez aveis mostrado
tanta piedad, si mi dueño
de tan penoso naufragio
avrà librado la vida:
sobervio mar, que alterado
de las rafagas del viento,
montes de agua levantando,
te opones à las Estrellas,
dime si en el azul campo
de tu espuma, compasivo,
(si alguna vez lo has estado)
la Venus de la hermosura
ha sido infeliz theatro,
ò si acafo compasivas
tus Sirenas, restauraron
(haciendo de los cristales
ostentoso Palacio)
su vida; pero ay de mi!
suspiros al ayre lanzo,
lagrimas doy à la tierra:
ò què en vano es, ò què en vano
querer què el Cielo, ni el Mar
se acuerden de un desdichado!
De mi casa, Serafina,
tu beldad me ha desterrado,
siguiendote en el baxèl
venia (ay de mi!) juzgando,
que en Alexandria premio
tuviera vuestro amor casto;
pero de una vez la fuerte

el intento ha barajado.
 Ha fortuna! què inconstante
 para mi tu rueda ha andado,
 pues quando quise pararte,
 fixando à tu curso el clavo,
 de la cumbre de la dicha
 à lo infeliz me has baxado,
 y sobre tantos disgustos,
 anhelos, ansias, cuidados,
 penas, afanes, disgustos,
 riesgos, suspiros, y llantos,
 fuera de mi Patria estoy,
 sin Serafina me hallo:
 pues para poder llevar
 tal tropel de sobrefaltos,
 desdichas, no tan aprisa,
 infortunios, mas despacio.

JORNADA SEGUNDA.

*Salen Morcon, Clemente, Lisardo,
 Doristo, Alexandro, y dos
 Pobres.*

Clem. Alexandro, y Serafina?

Alex. Queddò remendando redes.

Clem. O Señor, quantas mercedes
 debo à tu piedad Divinal!

Alex. Tanto pobre à la ribera
 acude, que es confusion.

Clem. Hijo, el darles es razon,
 ojalà yo lo tuviera.

Lisard. Ya que generoso hiciste
 de los bienes, que sacaste
 del mar, desperdicio, baste:
 ya obraste lo que pudiste:
 hasta la piedra preciosa,
 que en el Pez afañe el Cielo
 quiso encontràras, tu zelo
 diò con mano generosa,
 repartiendo su valor
 à los pobres: hijos tienes,
 guarda para ellos los bienes.

Clem. Dios es mejor Pagador,
 à su cuenta han de vivir.

Dorist. Su zelo es admiracion.

Morcon. Y à aqueste pobre Morcon,
 que està cansado de oír,
 quando le llega su tanda?

Clem. Dos veces oy os he dado.

Morcon. Què importa, si se ha gastado,
 y vuelvo con la demanda?

Pobres. 1. Clemente, de mi affliccion
 te duele, que en todo oy
 no he comido.

Clem. A darte voy,
 que me has dado compasion.

Pobres. 2. Señor, tu limosna aguardo,
 dame por amor de Dios.

Clem. Y què razon teneis vos;
 perdonad lo que me tardo.

Morcon. Yo recibo lindamente;
 mas tambien lo doy despues,
 pero la dativa es
 à mis tripas solamente:
 dame limosna, señor,
 conforme à mi calidad.

Pobres. 1. Conforme à tu necesidad
 pudieras decir mejor.

Alex. Ay Irene peregrina,
 què desdichado naci,
 pues por pobre te perdi!
 Oy no he visto tu divina
 belleza: deudora eres
 de una vida, que te he dado,
 y yo sin ella he quedado:
 tyrano amor, què me quieres?

Morcon. Aquestos pobres gorrifitas
 los tengo de espavilar:
 oyen, vayanse à espulgar.

Los dos. Por què?

Morcon. Porque ion sopistas,
 y tanto pedir es plaga:
 cinquenta reales juntè
 en una tarde.

Clem. Con què, Morcon?

Morcon. Con sola una llaga.

Clem. Con què penosos cuidados
 vivis! *Pobres.* 2. Que esto le consental!

Morcon. Vale una llaga de renta
 cerca de dos mil ducados:
 es la fortunilla varia:
 ay quien tiene en su affliccion
 una gentil comission,
 si entona bien la plagaría,
 y con esta vida fiel
 muchos pobres comen pabos,

que suelen caer ochavos,
como moscas en la miel.
Clem. Amigos, para que acierte
à ver prodigo este mar,
venid à verme pescar,
y à Dios pido, que esta fuerte
de provecho alguno sea,
porque todo bien os haga.

Los dos Pobres. Irèmos,
y de la red tirarèmos,
quando ya llena se vea.

Morc. Yo tambien he de asistir
para verlos trabajar.

Dorist. Lifardo, vamos al mar.

Lifard. Exemplo dà su vivir.

Vanse, y queda Alexandro.

Alex. Azia esta selva florida,
que cerca la Quinta tiene
de la hermosura de Irene,
y con su luz la dà vida,
quiero nuevo Girasol
acercarme: albricias pido,
que ya el Alva le ha corrido
las cortinas à su Sol.

Sale Irene, y Flora.

Iren. Flora, en la Quinta diràs,
que prevengan la jornada
para bolverme à la Corte.

Flor. Dirèlo como lo mandas.

Alex. Lo mismo, señora, ha sido
oir que ausentarte tratas,
que el delincente, que escucha
la sentència, que le aguarda:
tan presto el dia, señora,
que aquesta esfera ilustra,
nos dexa?

Iren. Alexandro, si,
que vive muy desayrada
la que acreedora se mira
de la deuda, que no paga:
vos no admitis recompensa.

Alex. Ay, que no podéis pagarla.

Iren. Por què?

Alex. Porque es imposible.

Iren. No os entiendo.

Alex. Es la desgracia,
que no podéis entenderme.

Iren. No sè què siento en el alma,

después que vi en Alexandro
tan ayrosa la arrogancia,
tan cortefano el discurso,
tan sin afecto la gala,
tan modesto en las acciones,
que pienso, que:— pero es vana
fantasia, que el hallarme
à su valor inclinada,
es, porque negar no puedo,
que la vida restaurada,
que gozo, por èl la tengo.

Alex. Aora V. Alteza calla?

Iren. Què he de hacer, si vos decis,
que à vuestra deuda no ay paga?

No tengo que daros puestos?
mirad, en què se emplearà
vuestra persona mejor,
que con el Principe alcanza
mucho mi favor.

Alex. Ay Cielos,
que aquesta es la mayor causa
para que sienta, y suspire,
y os hiciera el escucharla
disonancia, gran señora.

Iren. Yo admito la disonancia.

Alex. Si de las inclinaciones
los hombres dueños se hallàran,
quien fuera tan atrevido,
señora, que no intentàra
en la igualdad del objeto
la inclinacion, que le arrastra,
poner la mira? Los hombres
tenemos mucha desgracia
en no elegir nacimientos:
nacì pobre, vos tan alta,
respecto de mi baxeza,
quanto vè de mucho à nada:
soy humilde Pescador,
vos Princesa soberana,
y aunque mi sangre es ilustre,
à la vuestra no se iguala:
pues què queréis que pretenda
si lo que desea el alma
no se puede conseguir?
discreta fois, esto basta.

Iren. No sè què he de responderle.
Què es esto, que por mi passa,
que lo que la deuda inclina,



el decoro lo embaraza?

Alexandro, no he entendido de vuestro labio las ansias, y antes estoy persuadida, que de vos apoderada alguna locura està.

Alex. Bien decis, y tan tyrana, que reyna de mis sentidos, el alvedrio avassalla.

Iren. Bolved en vos.

Alex. No es posible.

Dentro voces. Iza, la red fuera vaya.

Otros. Iza.

Iren. Què voces son essas?

Alex. Pescadores, que en la playa la red, que al mar entregaron, à la orilla la trasladan.

Iren. Y cómo vos no acudis?

Alex. Pues en otro mar mis ansias juzgaron hallar el puerto, que ha perdido mi esperanza.

Iren. Y aun yo tambien la he perdido: *ap.*

Alexandro, ya que avara la fortuna anda con vos, à mi me toca enmendarla: procurad vuestros aumentos, que lo que os doy mi palabra, es, que estè de vuestra parte en lo que posible aya lugar: esto es lo que ofrezco, quedad con Dios. *vase.*

Alex. O mal aya quien à humilde nacimiento le dà prefuncion tan alta! pero tengamos cordura, no despeñandose vayan tan del todo mis acciones: vamos, pues, àzia la playa, aunque à tanto fuego, Cielos, todo el mar es poca agua: mi padre està en la ribera, y los pobres le acompañan.

Saldrán los pobres, Lisardo, y Doristo tirando la red, y se descubrirà la marina.

Pob. 1. Iza, que sale la red.

Pob. 2. Llena debe de salir.

Morc. Ya yo me quiero rendir.

Dorist. Del canfancio?

Morc. No, de sed.

Clem. Animo todos tened.

Lisar. Por què no tiras, Morcon?

Morc. Porque soy pobre poltron, mas trabajo yo animando, que no vosotros tirando: iza, pues, iza. *Pob. 1.* Ha ladron, como huyes del trabajo!

Clem. De la red el copo veo tan lleno como deseo; hijos, sacad mas abaxo la red, en tanto que atajo el fuelo de aquesta playa, porque al agua no se vaya el pescado.

Sacan la red llena de caxas, y cofrecillos.

Alex. No has mirado, que no ay en la red pescado?

Morc. O plegue à Dios que lo aya!

Clem. Caxas son, si no me engaño: no me engaño, caxas son: Cielos, nueva admiracion causa lance tan citraño!

Morc. Busca aprisa el desengaño; tortugas, y ostras seràn las que en essa red està, porque son pezes con caxas.

Lisard. Calla, pues que no trabajas.

Morc. Mi lengua no es holgazan.

Clem. Llega, Alexandro, à mirar quanto perdì en el navio, que agora buelve à ser mio: obras de Dios, à pesar de la sobervia del mar: con razon en Dios espero, las caxas son del dinero, y de las piedras preciosas.

Tod. Obras son maravillosas.

Clem. Pobres, abrazaros quiero, vosotros sois hijos míos, los que tirando essas redes conseguis tantas mercedes en los mares, y en los rios, que mis locos desvarios hechos, así en el Invierno de mi edad, como en el tierno

Abril, jamás merecieran,
que tan liberales fueran
las manos de Dios eterno:
Señor, que buen pagador
fois de aquello que debeis!
solamente vos podeis
hacer la paga mayor.

Lisard. Quien no admira su fervor?

Dorist. Es de la piedad portento.

Los Pobres. Señor, de vuestro contento
que hemos de participar?

Clem. Venid, que yo os quiero dar,
como Dios, por uno ciento.

Alex. Padre, supuesto que estás
rico, en este alegre día
vamonos à Alexandria,
que allà mas pobres tendràs:
y yo ocasion tendrè mas *ap.*
de ver à mi Irene.

Clem. Es llano,
porque el pobre es un hermano
del rico.

Morc. Y es evidente,
yo soy el mayor pariente.

Alex. De ti, si estuvieras sano,
me sirviera.

Morc. Sano estoy:
mas por que me has escogido?

Alex. Porque humor te he conocido.

Clem. Ven, Lisardo.

Lisard. Tràs ti voy.

Clem. Vamos, Doristo.

Morc. Si voy
sirviendote, enmendare
mis costumbres, y serè
un arrepentido pobre.

Clem. Para que todo me sobre,
todo à mi Dios le darè.

Vanse todos, y salen Ricardo, y Carlos.

Ricard. Mientras mas veces la veo
mas conozco su valor,
y al conocimiento creo
que le es debido mi amor,
y al amor todo el deseo;
y así, Carlos, pues has sido
del ciego niño flechado,
no en vano de ti he querido
fiar todo mi cuidado.

Carl. Siempre servirte he querido.

Ricard. Mira, el sol por quien suspira
mi pecho, y mi voz suspende,
la Pescadora es, que admira
la que redes de oro tiende
sobre el alma que la mira.

Carl. Rebolverè en mi memoria
mi triste, y passada historia,
para pintar mas al vivo
tu passion.

Ricard. Oy muero, ò vivo:
Amor, dame la victoria.

Sale Serafina.

Serafin. A ti vengo, Mar salado,
como à sepulcro en quien hace
sus exequias mi cuidado,
nuevo Leandro, en ti yace
en amor, y agua anegado.

Repara Carlos.

Carl. Imagen es confusa del deseo.

Seraf. Ilusion es de amor, y de los ojos.

Carl. Alma, es esto verdad, ò son antojos?

Seraf. Es fantastico bien este que veo?

Carl. Conozco mi desdicha, y no lo creo.

Seraf. No renoveis, engaños, mis enojos.

Carl. O muerte, no me enseñes tus despojos!

Seraf. Memoria, basta ya tu devaneo.

Carl. Que miro! no es aquesta Serafina?

Seraf. Carlos, no es este, que perdido lloro?

Carl. Me conoces, imagen peregrina?

Seraf. Si, que eres vida tu del bien q ignoro.

Carl. No me mates, placer: mi luz divina?

Serafin. Mi dueño?

Carl. Viva estás.

Serafin. Viva, y te adoro.

Ricard. O que bien se ha introducido!

por hombre del Mar le tiene:
buen fin espero. *ap.*

Serafin. El olvido,
que acción, ni derecho tiene
à tanto amor?

Carl. Solo pido
tu amor, que despues de verte
de los brazos de la muerte
libre, no quiero otro bien
fino amarte.

Serafin. Yo tambien
amarte, y obedecerte.

Carl.

Carl. Tener vida no creí,
y por muerta te juzgué,
ya dos vidas ay en mí,
la que del mar escapé,
y la que descubro en tí:
en otro abismo profundo
han dado ya nuestras vidas,
y no es menor el segundo,
porque nunca están cumplidas
las falsas glorias del mundo:
Ricardo, el Príncipe, à quien
yo sirvo, te quiere bien,
y à folicitar me embia
tu hermosura.

Serafin. A essa porfia
llamas abismo tambien?

Carl. A essa duda de tu amor
no llamo yo abismo nuevo,
que es mas noble mi temor,
porque foy criado, y debo
no engañar à mi señor:
si le digo la verdad,
causaràle enemistad,
y temo la muerte fiera.

Ricard. El ceño muda, y altera:
sin hacer curiosidad
hé de hacer que me passeio
por si la pudiesse oír.

Passeandose, y escuchando.

Serafin. Esos sucesos no creo.

Carl. Equivoca has de decir,
mi bien, lo que yo deseo:
si tu le tienes amor,
vivirà contra el rigor
del tiempo.

Serafin. Perpetuamente
le amarè.

Ricard. Fortuna, tente,
no me enloquezca el favor,
que ha de amarme, està diciendo,
perpetuamente, vencer
su fortaleza pretendo,
y en dudar tanto de mí
esta vitoria, me ofendo.

Hablan los dos recatandose.

Serafin. Si es de alguna calidad
mi consejo, no detengas
à Ricardo esta verdad,

nada pierdo aunque me tengas
una honesta voluntad:
dile como tu has de ser
mi dueño, y esposo.

Carl. Arder
podrà en zelos, y en amor.

Serafin. El daño serà mayor,
si despues lo ha de saber:
con mucha facilidad
haràs que su amor mitigue,
que al hombre de calidad
no ay cosa que mas le obligue,
que decirle la verdad.

Ricard. Solo una vez me ha mirado,
que de amor, y de verguenza
los ojos no ha levantado;
pues à querer me comienza,
quero como enamorado
escucharlos.

Carl. Razon tienes,
que el Principe mi señor
es gran Cesar.

Ricard. Muchos bienes
le dice de mí.

Carl. Y amor
vendrà à coronar tus sienas.

Serafin. Este avrà siempre en mi pecho.

Ric. No ay que dudar, esto es hecho,
amarme le ha prometido,
de mi calidad ha sido
su duro marmol deshecho.

Serafin. Y así la verdad le di.

Carl. Harèlo así: à Dios, mi bien;
me has de amar?

Serafin. Digo que sí.

Carl. Y te podrè hablar?

Serafin. Tambien.

Carl. Quando?

Serafin. Siempre.

Carl. A donde?

Serafin. Aquí. *vase.*

Ricard. Ya se puso el sol que via,
à cuyos rayos me quemo,
y así pasó el alma mia
de un extremo en otro extremo:
noche es ya lo que era dia:
triste vienes.

Carl. Pues me viste,

lo que responde supiste,
que el rostro del menfajero,
fuele decirnos primero
si es la nueva alegre, ò triste.

Ricard. Finges, Carlos?

Carl. Si à tu llama
traygo remedios agenos
del deseo de quien ama,
ocasion traygo à lo menos
de mas gloria, y de mas fama:
oy puedes exercitar
una virtud singular.

Ricard. Qual es?

Carl. La magnificencia,
que es de mayor excelencia,
que ser amado, y amar:
y pues el estorvo desto
es el amor manifesto,
que à otro tiene, que le dès
muerte te pido.

Ricard. Y quien es?

Carl. Yo, que à tus pies estoy puesto,
si es la vitoria mayor
la que alcanza de si mismo
el hombre: mira, señor,
que en esse profundo abismo
vida me diò tu favor;
y pues que tu me has librado
de esse pielago salado,
no me dès, con no vencerte,
otro genero de muerte
mas breve, y mas desdichado:
la que amè en Sicilia yo,
me mandas que folicite,
el agua la perdonò,
y no es bien que otro me quite
lo que el mar no me quitò.
A hablarla fui descuidado,
viva sin pensar la vi,
quedè alegre, y admirado,
y al fin, à tus pies bolvi
confuso, y enamorado.
Divierte con otro objeto
mas hermoso, y mas perfeto
essa liviana aficion,
que en esto hace distincion
del necio el hombre discreto:
à muger fuerte combates,

y yo, como enamorado,
que de proseguir no trates
te pido, y como criado
te suplico, que me mates:
à las dos cosas estoy
obligado, tuyo foy,
pues que la vida me diste,
y ayer tu hechura me hiciste,
deshacerme puedes oy.

Ricard. Con quanta satisfacion
juzgaba yo su aficion,
siendo de Carlos, por mia!
pero en fin, este es el dia,
que he de igualar à Scipion:
estàs muy enamorado?

Carl. Honestamente la adoro.

Ricard. Quiere ella?

Carl. En igual grado;
pero guardando el decoro
al fin à que es ordenado,
ser su esposo pretendi,
pero el intento encubri,
porque pobre me hizo Dios,
mas ya lo estamos los dos.

Ricard. Y pensais casaros?

Carl. Si.

Ricard. Accion heroyca ha de ser,
Carlos, esta à mis antojos:
la razon ha de vencer,
padezcan, ò no mis ojos:
ama en paz à essa muger.

Carl. Dexa que bese tus pies.

Ricard. Levanta, y asì no estès;
yo te harè rico.

Carl. Quien tiene
tal señor!

Sale un Criado. Ya se fue, Irene.

Ricard. Despechada muger es:
el poco amor que en mi viò
la obligò à partir sin mi:
y podrè alcanzarla?

Criad. Si. *Ricard.* Vèn, Carlos.

Carl. Dichoso yo,
que tanto bien mereci.

Vanse, y sale Morcen de gala.

Morc. Esta casa de placer,
que fuera està de la Corte,
y al passo de Mira-Flor,

es donde el bullicio corre,
 el nuevo amo à quien sirvo,
 y me sacò de ser pobre
 con quitarme de pedir;
 Mayorazgo de bribones
 ha tomado, porque dice,
 que para exercer lo noble
 de su caridad, es sitio
 mas à su gusto conforme;
 y dentro de la Ciudad
 otra casa se dispone,
 antes que el Emperador
 llegue con todo lo noble
 de su campo, porque quiere
 tener ambas diversiones
 de vivir afuera, y dentro:
 èl es un bendito hombre,
 pues lo que tiene reparte,
 llamando hijos à los pobres:
 quien me viere tan galàn,
 no dirà, este es señorote
 de mucha suposicion?
 no ay duda: ò lo que supone
 un picaro bien vestido!
 que oy en el mundo, señores,
 el noble pobre es villano,
 y el villano rico es noble;
 pero aquesto no es del caso,
 mis dos amos vienen: voyme
 à ver si me mandan algo.

Sale Serafina, y Alexandro de gala.

Alex. Morcon?

Morc. Señor?

Alex. Sabes donde
 mi padre saliò?

Morc. Difcurro,
 que à ver si en el mundo ay pobres,
 que como èl viva cien años,
 no ha de averlos.

Serafin. Sus acciones
 son exemplo de virtud:
 no sè, Cielos, como informe *ap.*
 à Carlos de que aqui estoy,
 que bolveràn sus amores
 à buscarme à la ribera:
 no diràs, que suspensiones
 tienes, Alexandro?

Alex. Sì, que no es justo que lo ignores:

ya sabes, que desde que
 vi de Irene los dos soles:-
 pero, Morcon, falte fuera.

Morc. Así lo harè: estos señores
 amos, como soy criado
 catecumeno, no corren
 con las burlas del gracejo.

Alex. No te vàs?

Morc. Voyme, y revoyme. *vase.*

Alex. Quedè à su cielo inclinado:

ya veo, que no es conforme
 mi amor à su calidad;
 pero en las inclinaciones,
 lo que dominan los Astros
 no pueden vencer los hombres:
 desde que de su despeño
 fui dichosamente noble,
 quien al Facton de sus luces
 supo parar los rigores,
 quedè abrafado en su llama,
 y aunque generosa entonces
 pudo pagar con agrados,
 que son de los superiores
 los premios, que à poca costa
 hacen amados sus nombres,
 torciendo al premio el camino,
 à mi valor dar dispone
 una joya, y yo la dixè,
 mal, señora, las acciones
 heroicas se conocieran
 entre las que no suponen
 tanto, si à tan corto precio
 paga tuvieran: entonces
 darme à entender quiso (ay Cielos!)
 que à sugetos inferiores
 solo con los intereses
 satisfacen los señores:
 Ya conozco, Serafina,
 de mi locura el disorder,
 y que mañana en bolviendo
 el Emperador, dispone,
 que con Ricardo heredero
 de su Imperio, se coronen
 con Irene las victorias,
 que canta la fama en voces;
 y así, triste, y pensativo
 con mis imaginaciones,
 ni sè si vivo, ò si muero.

Serafin.

Serafin. Alexandro, pues conoces,
que es imposible lograr
tan rendidas atenciones,
procurate divertir,
defecha tantas pasiones,
que donde està la razon,
la voluntad no supone.

Alex. Serafina, como tu
no entiendes de los rigores
del amor, consuelos hallas.

Serafin. Pluguiera à Dios, que tus voces
la verdad dixeran. *ap.*

Dentro voces. Para.

Alex. Què ruido es este?

Sale Morc. Señores,
la Princesa, quando menos,
ha llegado.

Iren. Dexa el coche,
que en esta casa esperar
la familia quiero.

Morc. Corre,
señora, y à recibirla
sal à la puerta, no note
la grosseria. *Alex.* Ay de mi!

Morc. No te detengas.

Alex. Temores
combaten mi pecho, sal,
Serafina, y de tus voces
reconozca el agassajo.

Serafin. Pues mientras que tu te escondes,
yo llegarè.

Alex. Sin mi estoy
entre dudas, y temores.
Salen Irene, y Flora.

Iren. Valgame Dios!

Flor. Què ha sido? te has hecho mal, señora?

Iren. El pie he torcido
al apearme.

Serafin. Mucho me ha pesado,
señora, quando à veros ha llegado
aqueste humilde espacio,
que con vuestra presencia haceis palacio,
con azar aya sido à tu belleza:
se ha hecho mal acafo vuestra Alteza?

Iren. Yo os estimo el cariño,
algo sentido el pie ha quedado.

Alex. Desdichado he sido,
pues siempre con ahan tengo el contento.

Iren. Yo quiero descansar, dadme un asiento.

Morc. Aqui està.

Iren. Mientras tanto harèmos hora,
hasta que llegue la familia, Flora.

Flor. Sientome yo tambien:
que siempre vengas
corriendo por el campo, y te entretengas,
con venir en un coche moledero,
sin temer uno, y otro batidero,
à pique de que un buelco te maltrate,
y à mi tambien me mate,
dexando la familia atràs causada?

Morc. Si no me engaño, aquesta es la criada;
que en la vaitada vi.

Iren. Cansada vengo,
agua me dad.

Serafin. Con ella al punto vengo.

Alex. Pues el caso esta ventura fragua,
yo he de ser quien la sirva con el agua.

Iren. Gentil-hombre?

Morc. Por mi os hablò la fama.

Iren. Quien es, decidme, aquesta hermosa dama?

Morc. Es hija de Clemente,
de todo el mundo el hombre mas prudente,
afable, liberal, y limosnero,
y por su sangre grande Cavallero.

Iren. Ha mucho le servís?

Morc. Yo discurria,
que vuestra Alteza consideraria,
viendo alabar al amo su criado,
que era el primero dia que le ha entrado
à servir; y aquesto es maravilla,
que todos professamos de cartilla
mormurar en lo propio, y en lo ageno
del amo, lo que es malo, y lo que es bueno.

Serafin. Para beber vuestra Alteza,
(perdone el atrevimiento)
tome unos dulces.

*Sale Serafina con una fuente de
dulces.*

Iren. Si harè,
y en mucho estimaros debo
el agassajo: tu, Flora,
toma.

Dale Irene à Flora dulces.

Flor. Venga, que en efeto,
por concomitancia el susto

tambien he passado. *Morc.* Quiero introducirme en los dulces; y para aqueſte Eſcudero, de aqueſtas manos, de alcorza no avrá un mazapan?

Flor. Groſſero

Lacayo. *Morc.* Señora Flora, todavía dura el ceño, que en el bosque me moſtraſteis?

Sale Alexandro con una copa, y toballa.

Alex. Turbado, y temblando llego: beba vueſtra Alteza, aunque no ſea tan digno el dueño, que para ſerviros tenga debidos merecimientos, pues à milagro tan grande, à tan divino portento, fuera poco todo el Sol para ſervir de copero.

Iren. Diſcreto ſois, dadme el agua,
Repara en él.

Valgame el Cielo, què veo! no es eſte hombre parecido à Alexandro? *Morc.* Què es aqueſto? paſſito de ſuſpenſion.

Iren. Es eſta iluſion, ò ſueño?

Alex. Bien podeis beber, ſeñora, ſin eſcrupulo, y ſin miedo, que la lealtad que os la ſirve, en el cristalino eſpejo de la copa ſe ha mirado, para que llegue ſu zelo con lealtad, y con amor: perdonadme lo groſſero del eſtilo, y advertid, que aunque ſea turbio el concepto, es tan clara ſu verdad como el agua, por lo menos.

Morc. Què hace de eſtår con el vaſo ſi la bebo, ò no la bebo?

Flor. De què ſe avrá ſuſpendido mi ama?

Iren. En el brio, en lo atento, y en toda la ſemejanza es Alexandro: no acierto à darme por entendida.

Flor. Señora, bebes? *Iren.* Ya bebo;

y lo que me he detenido, es, por eſtår diſcurriendo, que aunque el agua eſtå tan clara; fuele à veces el deſejo con que ſe bebe, hacer mal; y aſſi reprimirle quiero, bebiendo poco: tomad, que para el ardor que ſiento, ya he bebido con los ojos todo lo que al labio niego: no sè como me declare, *ap.* ſin darlo à entender. *Morc.* Es juego lo que paſſa entre los dos?

Seraf. El vèr à mi hermano, Cielos, la ha dexado ſuſpendida.

Iren. Sois vos de eſta caſa el dueño?

Alex. Fuilo antes que vos piſarais aqueſte alvergue groſſero: deſpues de piſarle, no, que ſi del criado el premio es ſervir à ſu ſeñor, ya he logrado, por lo menos, aunque en tan poco, ſerviros; y ſi es debido reſpeto dar el vaſſallo à ſu Rey hacienda, y vida por feudo, ſiendo Reyna, y yo vaſſallo, nada es mio, y todo es vueſtro.

Iren. A vueſtra ſoſiſteria reſponder pudiera el dueño, pero no es del caſo agora: de rabia, y de zelos muero: aqueſta debe de ſer *ap.* ſu dama, ò ſu eſpoſa.

Morc. Quiero, ſeñora Flora, pues es del quarto del primer cielo, preguntar, què entiende de eſte alegorico concepto?

Flor. Entendemos las deidades los terminos palaciegos; pero en eſtando en la Villa; el language no entendemos.

Iren. Còmo os llamais?

Serafin. Serafina.

Iren. De eſta ſuerte apuraremos, ideas, las confuſiones: *ap.* y ſois caſada? *Serafin.* No tengo *hasta*

hasta agora libre alvèdrio,
gran señora, para ferlo.

Iren. Pues por què?

Serafin. Porque agora està
à la eleccion de otro dueño.

Iren. Quien dominio tiene en vos?

Serafin. El padre que me dió el Cielo,
y despues mi hermano. *Iren.* Quien
es vuestro hermano?

Alex. El que puesto
està, señora, à tus pies
segunda vez.

Iren. Ya con esto *ap.*
se han templado mis fatigas:
vos, cómo os llamais?

Alex. Tan presto,
señora, desconocis
los que son vassallos vuestros?
mas no me admiro, que como
la fortuna, en lo supremo
de su rueda, os tiene à vos
por deidad de su manejo,
no padeciendo inconstancias,
no ay que estrañar de su ceño,
viendoos en seguridades,
no os acordeis de despeños.

Iren. Sois vos Alexandro? *Alex.* Si
señora. *Iren.* Como os veo
de Cortesano en la Corte,
quando ha tampoco, que os dexo
de rustico Pescador,
no es mucho; mas saber quiero,
como dexando la playa,
os hallo con tan diverso
modo de fortuna? *Alex.* Cómo?
Piadoso, y pròvido el Cielo
hizo sacasse en la red,
que al mar entregò el desvelo
de mi amado padre, en vez
de peces, todò el dinero,
y joyas en unos cofres,
(maravillas del Eterno
Poder) pues hizo, que el mar,
ladron del tesoro nuestro,
restituyesse lo hurtado;
si ya no fue, que atendiendo
à las piadosas entrañas
del anciano padre nuestro,

porque tuviera que dàr
à los pobres su desvelo,
como à Tesorero suyo
bolviò à fiarle el manejo;
y así, à mi instancia, señora;
dexando el afan del remo,
à Alexandria venimos:
aqueste ha sido el suceso
de desconocerme vos.

Iren. Mucho de veros me alegrò
en mi Corte, y conocer
à Serafina, à quien tengo
de llevar à mi Palacio,
porque desde oy sus aumentos
han de correr por mi mano.

Serafin. A vuestros pies agradezco,
señora, tantos favores
como haceis, sin merecerlo,
à esta humilde esclava vuestra.

Alex. Yo, señora:--

Iren. Nada quiero,
que me digais, Alexandro,
y empezar à pagar debo,
en la parte que es posible,
la atencion de mi respeto.

Alex. Si aveis de pagar, señora,
la voluntad:--

Iren. Nada entiendo
de voluntad, que no sea
hacer lo mejor. *Alex.* Què necio
es el acreedor, que quiere
cobrar del Supremo Dueño
en alhajas imposibles!

Morc. Mi señor viene, yo quiero
avisarle: Señor, mira,
que en nuestra casa tenemos
à la Princesa.

Sale Clem. Dichoso
mil veces, señora, el centro,
que merece os acordeis
de honrarlo, y favorecerlo,
mis hijos, vida, y hacienda
estàn al servicio vuestro.

Iren. Un acaso me obligò
à pararme aquí, y me alegrò,
pues he visto en Serafina
agassajo, entendimiento,
y hermosura; y al fin vi

lo que yo desear puedo,
y al instante que à la Corte
llegue mi tío , prometo
à Serafina llevarme
à Palacio : y tambien quiero
mandar à mi primo cuide
de que todos los aumentos
de Alexandro , sean conforme
èl merece , y yo deseo.

Alex. A mi , señora , me basta
aqueste deseo vuestro
para hacerme muy dichoso,
y otro favor no pretendo.

Voces. Aqui se apeò su Alteza.

Dentro Ricardo, y Criados.

Ricard. Tèn el cavallo. *Flor.* Ligero
tu primo el Principe llega,
con el acompañamiento
de carrozas , y criados.

Alex. Para que muera de zelos,
el Principe aora llega.

Sale Ricard. Poco , señora , merezco
con vuestra Alteza , pues hace
desperdicio de mi obsequio
en no querer admitirle.

Iren. Què decis? que no os entiendo.

Ricard. Que con toda la familia,
quando hallaros considero
en Mirafior , os venis,
quitandole à mis cortejos
la vanidad , de que vaya
al estrivo , haciendo aprecio
de mayor Cavallerizo.

Alex. Huvo mas desdicha , Cielos,
que estar mirando à un dichoso
un desdichado! *Flor.* Ya es tiempo,
señora , de que nos vamos.

Iren. Bien dices , vamos.

Serafin. Primero,
señora , me permitid,
que os bese la mano , en premio
de aver tenido la dicha
de este acaso.

Iren. No os la niego:
tomad , y despues los brazos.

Ric. Cielos , què escucho , y què veo!
no es aquesta semejanza
de aquel hermoso portento,

que ya por Carlos olvido?
aborto estoy , y suspenso.

Iren. Quedad con Dios.

Alex. El os guarde.

Clem. Desde oy mi casa aveis hecho
Palacio , que el Sol embidia.

Iren. Donde vais , Principe?

Ricard. Atento

à desquitar una dicha
con otra. *Iren.* No lo consiento:
quedaos.

Ricard. Esto es desayrarme.

Iren. No sè lo que es , solo os ruego,
y os mando , que aqui os quedéis:
Ay Alexandro , quien dueño
se hallàra de su alvedrio,
para que el lugar que niego
à Ricardo , le ocupàras!

*Vase Irene, Flora, y acompañamiento,
y queda Ricardo.*

Voces. Llegad la carroza. *Flor.* Fresco
el Principe se ha quedado.

Alex. Ausentose el Sol del Cielo,
y me ha dexado en la noche
infelices escarmientos.

Clem. Alexandro , Serafina,
venid. *vase.*

Serafin. Ya yo te obedezco:
mucho el Principe me mira,
y à Carlos con èl no veo,
con mucho cuidado estoy:
que no pueda hallar el medio
de avisarle! *vase.*

Alex. Amor tyrano,
vamos à sentir tormentos. *vase.*

Morc. El Principe se ha quedado:
sin duda quiere , que el dueño
desta casa le combide
à cenar.

Ricard. Ha Hidalgo. *Morc.* Menos
foy que Hidalgo.

Ricard. Ha Gentil-hombre.

Morc. Gentil ? foy Christiano viejo.

Ricard. Sois Page?

Morc. No lamò platos.

Ricard. Sereis Lacayo.

Morc. Acabemos.

Ricard.

Ricard. Quien es dueño desta casa?

Morc. Es della dueño mi dueño.

Ricard. Como se llama, os pregunto?

Morc. Llamase, señor (yo quiero engañarle) Don Tiburcio.

Ricard. Y el apellido?

Morc. Marruecos.

Ricard. Marruecos?

Morc. Si, gran señor, que de allà vino su abuelo.

Ricard. Decidme, y aquesta dama:-

Morc. Ya picó el pez en el cebo: alcahuete quiere hacerme.

Ric. Que es de hermosura portento, como se llama?

Morc. Leoparda.

Ricard. Raro nombre!

Morc. Es de otro abuelo.

Ricard. Es casada?

Morc. Señor, si.

Ricard. Con quien?

Morc. Con un Cavallero.

Ricard. Como se llama, os pregunto?

Morc. El Cavallero de Olmedo: Principe preguntador, dexadme.

Ricard. Id con Dios.

Sale Carlos.

Carl. Ya puesto tienes el cavallo.

Ricard. Ay Carlos! si huvieras llegado à tiempo, huvieras visto un milagro, huvieras visto un portento.

Carl. En quien?

Ricard. En una muger tan parecida en lo bello à tu Dama Serafina, que à no saber quan diverso modo de fortuna goza, dixera que es ella.

Carl. Ay Cielos! que en el puesto que me dixo, que me aguardaba, el desvelo de un cuidado no la halla.

Ricard. Y pues, hidalgo, mi pecho, à tu Dama te dexó, tu has de hacer por mi, que el Cielo

desta belleza conquiste.

Carl. Servirte, señor, prometo.

Ricard. De un criado de la casa, que es casada supe.

Carl. Intento me digas como se llama.

Ricard. Leoparda.

Carl. Nombre estrangero debe de ser.

Ricard. Vamos, Carlos.

Carl. Ya te figo. Quando el ceño, Serafina, de mi estrella hallará en tus brazos puerto!

JORNADA TERCERA.

Salen Ricardo, y Don Ramon, y Clemente.

Clem. Seas, señor, bien venido.

Ram. Dame, Clemente, los brazos: dias ha que no nos vemos.

Clem. Apenas supe en Palacio veniais Embaxador de España, quando buscando os venia, y el alborozo las palabras me ha embargado: señor, pues que novedad os ha traído?

Ram. El Tratado de las Paces he venido à efectuar, y el hallaros extraño, en Alexandria.

Clem. Son sucesos muy estraños los que han pasado por mi.

Ram. Serafina, y Alexandro están buenos?

Clem. Si señor, para serviros estamos ellos, y yo; mas quisiera que me dixes de Carlos.

Ram. Si vos no lo preguntais, yo no os le huviera nombrado; porque à mi amor, y cariño le tiene muy enojado.

Clem. Pefame de averlo oído.

Ram. Desde que en sus tiernos años os le pedi, y le crié,

fin-



siendo para todos quantos
le trataron hijo mio,
conmigo fue tan ingrato,
que me dexò , pienso , que
de una Dama enamorado.
Sentilo como es razon,
pues docil , y cortefano,
y a fable , tanto lugar
se supo hacer , que à mi lado
grangede de nobleza , y plebe
con el cariño el aplauso;
y aunque varias diligencias
en su busca he hecho, no he hallado
noticia ninguna del.

Clem. Pefáme averlo escuchado,
porque no quisiera yo,
que os huviera dado enfado
su proceder : y aqui viene,
señor , mi hijo Alexandro.

Salen Alexandro , y Morcon.

Morc. Aqui està tu padre.

Clem. Llega.

Alex. A vuestras plantas postrado,
señor Don Ramon , teneis,
quien debido cortefano,
llega à tener por blason
ser de vuestra casa esclavo.

Ram. Levanta, Alexandro: què haces?
llega , llegate à mis brazos,
que he estimado tanto el verte,
como si viera:—

Alex. A Palacio
llega ya el Emperador.

Ram. A recibirle salgamos.

*Salen el Emperador , Irene , Ricardo,
Flora , y acompañamiento.*

Iren. Apenas , señor , ponéis
en Alexandria el passò,
quando porque os vea el Pueblo,
olvidais tanto el descanso,
que de Palacio os salis:
sin duda , mal hospedado
mi cariño os tiene , pues
tanto me olvidais.

Emp. No hallo
à quexas tan amorosas
satisfacciones , que daros,
que no es faltar al cariño

visitar los Templos santos:
à dar gracias , como es justo,
de la jornada , he llegado
oy , como es razon : llegad,
Don Ramon , befad la mano
à mi sobrina.

Ram. Sus plantas
seràn dofel de mis labios.

Iren. Seais , señor , bien venido;
pero alli he visto à Alexandro.

Emp. Llegad , Don Ramon : hablád
con el Principe Ricardo.

Ram. Ponerme à sus pies es ley.

Ricard. Os recibiràn mis brazos,
que es mas decente lugar.

Alex. Ay Irene , dueño amado
de mis sentidos , el verte
es à mi dolor descanso.

Emp. Què os parece Alexandria?

Ram. Que es nueva Chipre en lo vario,
y bello de sus jardines.

Emp. Aunque no venis despacio,
mientras quedan de la Paz
los conciertos efectuados,
vereis de sus edificios,
y sumptuosos Palacios
lo principal : vamos , pues,
porque ya es hora , al Despacho:
A Dios , sobrina.

Iren. El os guarde.

Emp. A Don Ramon os encargo,
Principe.

Ram. Tanto favor!

Ricard. Harè aposento en mi quarto
à Don Ramon , gran señor.

Emp. Es razon hacerlo : vamos.

*Vase el Emperador , Don Ramon , Elo-
ra , y acompañamiento.*

Clem. A dár limosna à mis pobres,
vamos , Morcon.

Morc. Vamos , amo.

Señores , de Lazarillo
me trae el viejo , gastando
el dinero , y para mi
no puedo hurtar un ochavo;
pero yo he de poder poco,
ò tengo de darle un chasco. *vans.*

Iren. No os vais vos?

Alex.

Alex. Señora, no.

Iren. Por qué?

Alex. Porque estoy mirando,
girasol de vuestras luces,
quando se ausentan sus rayos.

Iren. Pues qué pretendéis con esso?

Alex. Vivir, y morir, pues hallo
dulce vida quando os miro,
triste muerte al ocultaros:
y pues no he de conseguir
de vuestro sol soberano
otro alivio à mis pasiones,
dexad que este breve rato,
que os atiendo, tenga vida,
que harto tiempo à un desdichado
le queda para morir.

Iren. No profigais, Alexandro,
que sin duda os olvidais,
que soy yo con quien hablando
estais: pundonor, qué quierēs? *ap.*
dexame, que vās passando
à ser desagrado, debiendo
estår obligado; mas si no ha
de ser posible, que la linea del
recato se paffe à la voluntad,
sufrid, amor, callad, labio.

Alex. No señora, no me olvido
de quien sois; pero es tan raro
este poderoso afecto,
que del todo apoderado
està de la voluntad,
que ciegameute luchando,
ni se acuerda del peligro,
ni se considera el daño.
O nunca os huviera visto!
Primero el mar obstinado,
haciendo tumba el baxel,
en su arena sepultado
huviera mi vida. O nunca:-
pero no sè lo que hablo;
mal dixē: Dichoso el dia,
que las ondas arrojado
me huvieron à aqueſſa playa,
para que fueſſe reparo
mi vida de vuestra vida,
pues por lo menos los hados
no me han de poder quitar

la felicidad, y el lauro,
de que acreedora seais
del valor de un desdichado.

Iren. En todas las ocasiones,
que atrevido, y temerario
vuestra passion declarais,
de lo que blafonais tanto,
os he dado recompensa,
pues el castigo os dilato.
Ay amor, que aunque lo riño,
no me pesa el escucharlo!

Alex. Ya con aqueſſo, señora,
reconozco, que à cenaros
he llegado, y à morir,
de vuestra vista me aparto.

Iren. Yo no os embio à morir.

Alex. Pues vos no causais mis daños?

Iren. Yo os los cauſo? qué decis?

Alex. Si, que al Principe Ricardo
le quereis.

Iren. Es obediencia.

Alex. Y no ay remedio?

Iren. No le hallo.

Alex. Bien podeis.

Iren. Es imposible.

Alex. Por qué?

Iren. Sois muy desdichado.

Alex. Quien lo causa?

Iren. Vuestra suerte.

Alex. Puede enmendarse?

Iren. Alexandro,
ya es imposible.

Alex. Por qué?

Iren. Porque es fuerza dar la manō
al Principe.

Alex. Cruel estrella!

Iren. Dura suerte!

Los dos. Para quando:-

Iren. Son las iras?

Alex. Son las penas?

Iren. Son las ansias? *vase.*

Alex. Son los rayos? *vase.*

Salen el Principe, y Carlos.

Ricard. Esta primera es su casa.

Carl. Qué, estàs tan enamorado?

Ricard. No digo, que estoy elado,
ni que el alma se me abraſa.

Carl. Ay de mi, qué desdichado

nací, pues la fuerte ayrada
à Don Ramon de Moncada
ha traído (infeliz hado!)
à Alexandria, y dudoso,
no me atrevo à que me vea,
aunque sè que lo desea,
porque estoy dèl temeroso:
luego à Serafina, Cielos,
aunque tanto he diciturrido,
ingrata no ha parecido,
para darme mas desvelos.

Ric. Por què, Cielos, te has parado?
en la puerta he visto gente:
llega, Carlos, diligente.

Carl. Esperame retirado:
es de casa Gentil-hombre?
Morcon à la puerta.

Morc. Pues han de ser de la calle?

Carl. Una dama de buen talle,
que vive:-

Morc. No tiene nombre?

Carl. Si no me engaño, Leoparda
es su nombre.

Morc. Bien se emplea:
ya sè de què pie cojea:
el Príncipe es linda albarda!

Carl. De una Serrana del monte
traygo un papel.

Morc. Yo le tomo,
que soy su marido.

Carl. Y como
se llama? *Morc.* Rinoceronte,
y es bien que me haga la venia.

Carl. No oí nombre tan extraño.

Morc. Es, que avrá cosa de un año,
que me desposè en Armenia.

Carl. Guardas tiene aquesta Dama:
su marido es aquel hombre.

Ricard. Le preguntastes el nombre?

Carl. Rinoceronte se llama:
por los nombres, gran señor,
esta casa aborreciera.

Ricard. Carlos, de qualquier manera
solicita su favor.

Morc. Parece que me ha temblado
estè pobre labrador:
voy à buscar mi señor:

ola, à quien digo? hombre honrado,
buelvase otra vez al monte,
porque à mi esposa Leoparda
ha de saber que la aguarda
su esposo Rinoceronte.

Ricard. En el estilo he advertido,
Carlos, bien lo considero,
que aqueste es el Escudero,
y que à mi me ha conocido.

*Saldrà Serafina por la puerta contraria
con manto, y se entrará en su casa,
y un Escudero con ella.*

Seraf. Ya hemos llegado.

Ricard. Sospecho,
que es la que en su casa ha entrado:
el corazon alterado
me està saltando en el pecho:
ella es.

Carl. Tu Alteza aguarde
donde no estè conocido.

*Vase Ricárdo, y entra Carlos tras
Serafina.*

Escud. La noche nos ha cogido
fuera de casa.

Seraf. No es tarde:
vèr à Carlos pretendia,
y en vano à Palacio fui,
porque supicè (ay de mi!)
que estoy en Alexandria.
Calor hace, yo me quedo
en el patio: una luz pide.

Vase el Escudero.

Carl. Puesto que no ay quien lo impide,
hablaros sin iusto puedo.

Seraf. Y quien sois?

Carl. Un Labrador. *Seraf.* Labrador?

Carl. Y gente honrada,
que le traygo una Embaxada.

Seraf. De quien?

Carl. De un grande señor,
porque mas secreto sea:
solo yo le satisface,
como soy rustico, y dice,
que hablarla à solas desea,
y servirle en qualquier cosa,
que la yò quando cayò

Irene à su puerta, y viò,
que es la muger mas hermosa
del mundo: si aquesto entiende
en termino cortesano,
sabrà que no soy villano,
y lo mismo que pretende,
persuadirè con razones.

Seraf. No es aquesto Carlos, Cielos!
sin duda la obligan zelos
à tantas satisfacciones.

En la voz le conoci,
aunque la ha disimulado:
de mi amor desconfiado
supo como estaba aqui,
y zeloso de Ricardo
se quiere satisfacer:

esto solo puede ser.

*Quitase el manto, y lo pondrà sobre
una silla.*

Carl. La respuesta vuestra aguardo.

Seraf. Que aya ofendido mi amor
con esta desconfianza!
digno serà de venganza
tan necio, y loco temor.

Con zelos quiere manchar
amor tan puro, y honesto:
Carlos, què he de hacer en esto?
satisfaccion no he de dár?

Carl. Què respondeis?

Seraf. Que he estimado
esta voluntad, que ofrece,
de la fuerte que merece.

Carl. No voy muy mal despachado.

Seraf. Que yo à su Alteza verè,
y sabrà que tengo amor,
porque asegure mejor
de mi fineza la fe:
y aunque el hombre, que debìa
estàr de mi satisfecho,
siendo el alma de mi pecho,
duda, teme, y desconfia:
hallar puede en mi su Alteza
el amor, que ya ha sabido,
que Serafina ha tenido,
con mas dicha, que belleza.

Carl. Què es lo que el alma està oyendo?
*Sale el Escudero con luz, y Carlos se
recata, basta que se entra el Escude-*

ro, y repara Carlos en Serafina.

Escud. Aqui està la luz.

Seraf. Pues vete:

ponla sobre esse bufete.

Carl. Mi misma muerte pretendo,
muger piadosa, y tyrana,
piadosa en: estàr aqui,
tyrana en dár contra mi
respuesta tan inhumana.
Como no me conociste
el corazon has mostrado,
yo quedo defengañado,
defayrado, pobre, y triste,
mal pagado, bien quexoso,
loco, olvidado, ofendido,
y lo que mas he sentido,
enamorado, y zeloso.

Seraf. No esparzas voces al viento;
que responder no me dexas
à los agravios, y quexas,
que yo con el alma siento.

No basta aver ofendido
mi honesto amor sin mudanza.
con esta desconfianza,
que à mi casa te ha traído?

Vienes con la voz trocada
à hacer prueba en lo que digo,
intentando hacer conmigo
lo que el necio con su espada?

Oy de mis castas razones
bien, y mal ambos saquemos,
pues ya sin duda tenemos
diversas inclinaciones:

no es, Carlos, la tuya buena,
pues mis palabras convierte
en mudanza, que la muerte
no me diera tanta pena.

Carl. Ni una syllaba perdí,
de todo, ingrata, me acuerdo.

Seraf. Para ver que no eres cuerdo,
què dixè?

Carl. Al Principe di,
que recibo, y he estimado
la voluntad, que me ofrece,
de la fuerte que merece.

Seraf. Quise decir, sin cuidado.

Carl. Y aunque el hombre, que debìa
estàr de mi satisfecho,

siendo el alma de mi pecho.

Seraf. Eſto por ti lo decía.

Carl. Duda ya? verà ſu Alteza el amor, que ya ha ſabido, que Serafina ha tenido con mas dicha que belleza.

Seraf. Què amor he tenido yo con dicha, ſino es el tuyo? anda, loco.

Carl. De ti huyo.

Seraf. No crees mi verdad?

Carl. No, que has hallado eſte pretexto para aumentar mi dolor, tyrana.

Seraf. Tu eres traydor, y engañoſo, pues.

Salen Alexandro, Clemente, y Morcov.

Clem. Què es eſto? engañoſo, y traydor tu à nadie?

Alex. Vengar aguarda mi acero.

Clem. Tente, Alexandro.

Carl. Fuerte empeño!

Seraf. Què deſgracia!

Morc. El Labrador es aqueſte, ſi ño tengo cataratas.

Seraf. Yo, ſeñor, te lo dirè: dème el amor una traza para librarle: eſte hombre, que ſegun trage, y palabras es ruſtico Labrador, ſin duda al entrar yo en caſa ſe quedò oculto en el patio, y mientras que me ſacaban luz, me quitè aqueſte manto, porque vine fatigada, y lo dexè en eſta ſilla.

Clem. Proſigue.

Seraf. Quedè aſuſtada al verle en el patio, y yo, creyendo que ſe llevaba el manto, me alborotè, y èl con timidas palabras me dixo, que la pobreza le avia traído à tu caſa para que le ſocorrieras.

Yo, creyendo que me engaña, me alborotè, y dixè entonces, de la colera llevada, mientes, traydor engañoſo: eſto ha ſido lo que paſſa.

Clem. No me eſpanto: la pobreza, eſte, y otros yerros cauſa.

Alex. Idos de aquí, à què aguardais?

Carl. Avrà exemplar, que à una dama, para librar à ſu amante, de tales medios ſe valga, y que le quedè obligado con lo miſmo que le infama?

Clem. Aguardad.

Seraf. Cielos, què intenta?

Morc. No ſabe, que aqueſta caſa la guarda el Rinoceronte?

Clem. Alexandro.

Alex. Què me mandas?

Clem. Creeràs, que me ha enternecido ver ſu juventud lozana, arrieſgada à un precipicio?

Carl. Què quereis?

Seraf. Su muerte traza.

Clem. Un hijo tengo perdido, *ap.* Dios ſabe ſi acaſo ſe halla con neceſſidad, y quiero la caridad emplearla en eſte: tomad, amigo, y no cometais infamia por veros pobre: pedid, que el Dios que todo lo manda, à enſeñarnos vino al mundo eſta diſcreta enſeñanza, no me cometais vileza, que os empeño mi palabra de no faltaros jamàs.

Carl. Vivas la edad dilatada del Fenix. *vafe.*

Morc. Pobre embuſtero, ſuelta la limoſna.

Clem. Aparta.

Morc. Miren, què Dios ſe lo pague! el hijo de una bellaca dixo, ſi no el Ave Fenix, vaya à pedir à la Arabia.

Clem. Què dices?

Morc. Que es cicatero,

Y aun más.

Alex. Pues de qué lo facas?

Morc. Yo me entiendo, y Dios me en-
ladroncillo. (tiende,

Seráf. Morcon, calla.

Morc. Mucho defiende à este pobre
la fantica de mi ama.

Clem. Vete allà fuera.

Morc. Ya voy:

èl no me dixo: Leoparda
vive en esta casa? sì,
por aqui el Príncipe anda. *vase:*

Alex. y *Seráf.* Qué quiereres?

Clem. Queridos hijos,
ya mi edad caduca, y larga,
segun la naturaleza,
llega al fin de su jornada:
ya visteis en esse mar
nave, y riqueza anegadas,
y salvamos las tres vidas
por milagro en una barca:
con una joya, que à Dios
ofrecí, he visto en mi casa
mayor caudal que tenía,
que Dios desta suerte paga:
hacer se debe tres partes,
quando yo del Mundo vaya
al Tribunal rigoroso
de la Justicia Sagrada,
que aunque sois vosotros dos,
sabed, hijos, que en España
fui desposado primero
con una Dama gallarda:
un hijo tuve, y del parto
murió moza, y malograda
Doña Beatriz Mompeller,
de ilustre, y antigua Casa:
fue el casamiento secreto,
porque con sola mi espada
la festejé en Barcelona,
sin mas caudal, que mi fama:
un deudo fuyo piadoso,
que es Don Ramon de Moncada,
que aora es Embaxador
de Constantinopla (el alma
se me enternece de pena)
el niño llevó à su casa,

y con nombre de su hijo
natural: (en tiernas ansias
se me refuelve la vida)
al fin, hijos, en su casa
le criò, y aunque me ha dicho,
que fugitivo se halla,
no es bien, que yo desherede
hijo de sangre tan alta:
fuerza es, que se hagan tres partes;
las dos os caben, que basta
para ser ricos: de todo
à Dios le demos las gracias:
muriendo yo, quedais mozos,
sujetos à las mudanzas
de la fortuna, y el tiempo,
y tambien en tierra estraña.
Daros estado quisiera,
pero la vejez, y el alma
hacen que niegue à mi pecho
respiracion la garganta,
y temo una breve muerte:
hijos, aquestras palabras
se dirigen à dos cosas,
à vuestro bien ordenadas:
una, si quereis que os dexe
un Tutor de soberana
riqueza, en cuyo gobierno
verdad immentá no falta:
otra, si quereis las partes,
y legitimas, que darlas
podré facilmente: aora,
escoged una de entrambas.

Alex. Tomemos los dos consejo,
Seráfina, en esta causa:
Tutor los dos, nuestra edad
ya de estos terminos passa:
cosa impropia me parece
tener en tutela, y guarda
ya nosotros nuestra hacienda.

Seráf. Nuestra, Alexandro, la llamas!
el mar anegó la nuestra.

Alex. A tus venerables canas,
à la sangre de tus venas,
en las nuestras heredada,
dexemos la execucion.

Seráf. En las redes marañadas
nueva hacienda te diò el Cielo

en nosotros, y ella manda.
Clem. Pues lo dexais en mis manos,
 mi bendición os alcanza:
 por Tutor es dexo à Dios,
 à fe, que no perdeis nada:
 hijos, buen Tutor os queda.

Saca un papel.

De los bienes de mi casa
 le entregarè este Instrumento,
 no avrà menester fianzas.
 Al Hospital de San Pedro,
 que es fabrica necesaria,
 dexo ochenta mil ducados,
 treinta mil al de Santa Ana:
 para huérfanas doncellas,
 que por pobres no se casan,
 dexo treinta mil, y aquesto
 en joyas de oro, y de plata:
 para cumplimiento dello,
 suplicarè al Patriarca
 la administracion acete:
 serà desde oy esta casa
 un alvergue de los pobres,
 porque à nosotros nos basta
 una casilla pequeña:
 quedará depositada
 la hacienda, que al otro hermano
 le corresponde, y alcanza:
 y aunque tu, mi Serafina,
 carezcas de tantas galas,
 con solo una ropa humilde
 te has de quedar, que esto basta:
 Alexandro, tu tambien,
 y vivid con esperanzas,
 que vuestro Tutor Divino
 remediarà vuestras faltas:
 esto se ha de hacer tan presto,
 que se execute mañana:
 hijos, paciencia, y bolved
 à la pobreza pasada.
Alex. Señor, quando en tu obediencia
 aquí nos amenazáran
 desdichas no prevenidas,
 afrentas no imaginadas,
 vieras à los dos mas firmes,
 que la rigida montaña,

opuesta à las blandas olas,
 que el pie robusto le bañan:
 nuestra voluntad es tuya,
 que aunque son de Dios las almas,
 por saber que Dios te inspira,
 tu obediencia nos agrada.
 Generoso intento tienes,
 valiente espíritu alcanzas,
 tu se penetra los Cielos,
 pues con obras se levanta,
 dispon de las vidas nuestras,
 que aquí estamos yo, y mi hermana,
 para cumplir, siendo pobres,
 quanto por Christo nos mandas.

Serafin. Lo que promete Alexandro,
 con Divina confianza
 en Dios, cumplirè tambien:
 ricos queremos las almas,
 que si es Dios nuestro Tutor,
 èl cumplirá su palabra.
 El Hospital, señor mio,
 es Casa de Dios Sagrada;
 pues donde podrè vivir
 mejor, que en su misma Casa?
 Servirè à los pobres suyos,
 que es la perfecta ganancia,
 y es el logro mas seguro
 hacer lo que nos encargas.

Clem. Aora venga la muerte,
 porque de venturas tantas
 no triunfe el tiempo, y la vida:
 todas las glorias humanas
 no llegan al menor punto
 del bien que goza mi alma:
 hijos, con vuestra obediencia,
 ricos quedais, con ventajas
 immortales: Dios os guía,
 Dios os defiende, y os guarda:
 por norte, y tutela, os dexo
 su Misericordia santa. *vase.*

Alex. Pues en su amparo nos dexas,
 riquezas tendré sobradas.

Serafin. Pues dexas à Dios mis bienes,
 segura està la abundancia.

Alex. Buelva à Dios lo que es de Dios.

Serafin. Immortal serà la paga.

Alex. Dichoso el que en Dios espera,
 pues

pues para siempre descansa:
à Dios, Irene divina:
Penfamiento, que volabas
hasta los rayos del Sol,
abate, abate las alas,
y à deseos imposibles
no empenes las esperanzas. *vase.*

Seraf. En nuevo cuidado estoy
de este hermano, que en España
tenemos, porque mi Carlos
tiene sangre de Moncada:
si son deudos? si seràn,
que alguna secreta causa,
confrontando voluntades,
hace amigas nuestras almas. *vase.*

*Sale Ricardo, el Emperador, Irene,
y Flora.*

Emp. Pues que tantos dias ha,
que de viage tan prolijo
he descansado, pretendo
asegurar lo preciso,
con dexar à mis Estados,
lo que ha tanto solícito,
en la sucesion dichosa,
que es el mas blando camino,
para que propios, y agenos
Estados, estén unidos
en la paz, sin que discordias
de derechos sucesivos
à los estraños alteren,
y à los propios den motivos
de mal contentos, que son
los mas crueles enemigos;
y aunque dexandote à ti,
Ricardo, como preciso
heredero, fosegaba
tantos daños, determino,
que con mi sobrina Irene
se asia ce lo temido:
que es mi voluntad, sabeis,
que es la vuestra, me lo ha dicho
lo que uno, y otro interessa;
y para que prevenirlo
pueda con solemnidad,
à la Europa darè aviso
de mi determinacion,

y en publicos regocijos,
los Principes feudatarios
han de venir à asistiros.

Ric. Valgame el Cielo! què escucho?

Iren. Amor me valga, què he oïdo?
ay Alexandro, acabaron
de mi aficion los cariños.

Emp. Aora suspenfos los dos?

Ricard. Ay adorado prodigio!
ay Serafina! señor,
es tan grande el regocijo,
que ha embargado à las acciones
usos de lo agradecido.

A vuestros pies, gran señor,
por las honras que recibo,
en ser de mi prima mas
esclavo. que esposo, rindo
todas las gracias, que ofrezco.

Emp. Sois en efecto hijo mio.

Iren. Yo, señor, que hablar no tengo,
porque no tengo alvedrio,
(y es verdad: ay Alexandro!)
que no sea vuestro.

Emp. Estimò,
sobrina, vuestra respuesta,
y à mi quarto me retiro,
que pensiones del mandar
canfan tambien. *vase.*

Ricard. Mucho àdmiro,
señora, vuestro despego,
quando yo tuve entendido
mereceros mas agrado.

Iren. Pues decid, quando aveis visto
nunca en mi mas agassajo?

Ricard. Esta quexa es del cariño:
ay Serafina! quien dueño *ap.*
fuera de darte el altivo
laurèl de Constantinopla!

Iren. Tened, Principe, entendido,
que la obediencia me casa,
no las prendas, que es vos miro.

Ricard. Así, señora, lo entiendo.

Iren. Vamos à morir, destino,
y à sepultar con mi llanto
mi amoroso desvario. *vase.*

Ricard. Flora, què tiene mi prima?

Flor. E stos, señor, son precisos
des-

desdenes de las señoras.

Ricard. De las palabras que ha dicho,
de mí tiene alguna queixa.

Flor. Y con razon la ha tenido,
que eres amante muy seco:
què musica por ti ha oïdo?
què suspiros la has costado?
què lagrimas te ha debido?
Ni aun à mi, que soy aduana
por donde passa el cariño,
no te he debido que digas:
Flora, toma esse bolsillo,
ni arrimate à essa sortija.

Ricard. Tienes razon, toma.

Flor. Digo,
señor, que miente mil veces
el censurador, que ha dicho,
que por hablar muchos pierden,
pues agora he conocido,
que por hablar yo, he ganado,
y el tomarte aqueste anillo,
es por no ser descortès.

Ricard. Dile à Irene, quan rendido
amante de su belleza,
ciego idolatra me rindo.

Flor. Jesus! dirè, que no ay,
ni ha de aver, ni nunca ha auido
amante como tu, dà;
que dixo bien el que dixo:
dadivas ablandan peñas,
muestrate desde oy rendido
à su belleza, que yo
harè à tu amor los oficios
de criada, y regalada,
que harto con aquesto he dicho. *vase.*

Ricard. Què poco folicitàra
vèr de mí prima el desvío
agradable, si de Carlos
lo galante, lo rendido,
no me huvieran apartado
del amoroso designio
de pretender la hermosura
de Serafina!

Sale Morcon.

Morc. Què miro!
con el Principe he encontrado,
bolver atrás determino,

no se acuerde de Leoparda.

Ricard. Quien fois?

Morc. No me ha conocido,
pues quien soy pregunta.

Ricard. Hablad.

Morc. Yo, señor, soy tu perdido,
y me ando buscando à mí.

Ricard. Me parece que os he visto;
mas Carlos viene.

Sale Carlos.

Carl. Señor?

Ricard. Carlos, còmo no te he visto
en todo oy?

Carl. Porque he estado,
si verdad, señor, te digo,
deste Embaxador de España
rezeloso.

Ricard. No colijo
por què.

Carl. Pues fabràs, señor:-
Hablan aparte.

Morc. O es el diablo que anda listo;
ò yo conozco este hombre,
que es aquel, si, vive Christo,
que se fingió Labrador;
y pues al Principe miro,
que habla con èl, no ay dudarlo.

Ricard. En mucho, Carlos, estimo
saber, que el Embaxador
te aya criado como hijo,
y la queixa, que de tí
tiene, por aver salido
de su casa, yo con èl
ajustarla determino.

Carl. Beso mil veces tus pies.

Ricard. Y agora dime, si has visto,
ò conoces à esse hombre?

Carl. Si conozco, este es el mismo,
que en casa de Serafina,
aquella noche me dixo,
quando à la puerta le hallè,
que era, señor, su marido.

Morc. Consultas entre los dos,
y mirarme tan mohinos!
ay pobre Morcon! que agora
te han cogido en el garlito.

Carl. Decidme, me conocéis?

Morc.

Morc. Pareceme , que le he visto
à V.m.d. *Carl.* Y adonde?

Morc. En mi casa , señor mio.

Carl. A quien servís?

Morc. A Clemente,
varon justo , varon pio,
que su hacienda , que era mucha,
en pobres ha repartido,
y en Hospitales ha empleado,
sin dexarles à sus hijos
mas que el amparo de Dios.

Ricard. Accion generosa ha sido.

Carl. Ay , Serafina , què escuchos
es verdad aqueſſo , amigo?

Morc. Si es verdad ? tanta verdad
es lo que hablo , y lo que digo,
como es verdad , que sois vos
el Labrador escondido,
que iba en busca de Leoparda,
sin aſustarle el sonido
del fiero Rinoceronte:
no escapò mal del peligro,
pues que ſaliò con dinero,
pudiendo ſalir molido
à palos.

Ricard. Y vos no estais con ellos?

Morc. Es deſatino
ſervir un pobre otros pobres,
aviendo en el mundo ricos:
no mas pobres en mis dias.

Ricard. Bien decís , quedaos conmigo,
que gastaís gentil humor.

Morc. Beſar tus pies ſolicito,
pues facas à eſte Morcon
de ſer de una vez Corito.

Voces dentr. Voces dà el Emperador,
acudid.

Ricard. Què es lo que he oido
en el quarto de mi padre?
Carlos , eſcucha el ruido.

*Sale Irene ſoſſegando al Empe-
rador , y Flora , y
Criados.*

Iren. Soſſegaos , gran ſeñor.

Emp. Què admiracion! què prodigio!

Valgame Dios!

Iren. Què os altera?

Ricard. Señor , què teneis ? decidlo.

Todos. Hablad , gran ſeñor.

Emper. Si harè.

Morc. Le ha dado algun paraſiſino
à eſte viejo marrullero?

Flor. Callad vos.

Morc. Cerrarè el pico.

Emper. Del prolijo deſvelo del cuidado,
que el peſo del reynar trae , fatigado
me hallè , porque es diſcil deſempeño,
y aſi al deſvelo treguas hizo el ſueño:
y aun no bien los ſentidos
en extaſis quedaron ſuspendidos,
quando oygo , que me llama
(divina inſpiracion , amante llama)
una voz , que ſin duda fue del Cielo:
turbòſe el corazon , y en tanto anhelo
pronunciò : Emperador , ſi darme quierès
agrado en quanto hicières,
mira que yo tambien tengo acreedores,
ſatisfacer procura à mis menores
con premios verdaderos,
que para todo tengo Theſoreros,
y en la tierra eres tu , de tanto vario
caudal como te di , depoſitario:
Buſque aqueſtos menores tu agonìa,
que ya los tienes en Alexandria,
à quien à mi me diò , dar no reuſes,
y timido en hacerlo , no te eſcufes,
ſi pretendes tenerme por amigo,
porque ſi no , tendràs de mi el caſtigo:
deſpertè del eſpanto temeroſo,
aſustado , y medroſo:

(do,
Dios , que pague à ſus Fieles me ha intima-
vigilante he de hacer lo que ha ordenado,
el modo no diſcurro , ni prevengo,
ſolo del Superior el orden tengo;
y pues que à obedecerle ſiel me inclino,
èl me abrirà en las dudas el camino.

Iren. No te dè auxilio tal , gran ſeñor , ſuſto;
pues trae anticipado tanto guſto.

Ricard. Aqui tienes , ſeñor , à mi perſona,
del Eſtado diſpon , y la Corona,
pagar por Dios , quien mereciò tal gloria?
digna es , que ſe enternice en la memoria.

E

Carl.

Carl. Absorto me ha dexado lo que he oido.

Morc. Què fuera q̄ el deudor, yo huviera sido, que manda Dios que pague? es evidente: señor, yo soy.

Flor. Què intentas, loco, tente.

Emper. Quien fois vos?

Morc. Yo, señor:--

Emper. Passa adelante, profeguid.

Morc. Soy un pobre vergonzante, y puede ser que sea Dios loado, à quien mande, paguéis lo que le he dado.

Emper. Pues Dios, què os debe à vos?

Morc. Segun mi cuenta, yo sonè, que tenia mucha renta, que Dios me la pidió, yo se la daba, porque mejor me estaba: despertè con el gozo de ser rico, y me quedè, señor, hecho un borrico.

Ricard. Aparta, loco.

Flor. Bien aveis medrado.

Morc. Florilla, yo he nacido, desgraciado.

Sale Albert. El Embaxador de España pide licencia, señor.

Emp. Dile que entre.

Carl. Yo, entre tanto, afuera aguardando estoy.

Ricard. Donde vas, Carlos? detente, que aquesta es buena ocasion para darte à conocer:--

Carl. Leyes tus preceptos son.

Sale D. Ram. No quisiera embarazaros con mi visita, señor, cosas de mas importancia.

Emp. Ya sabeis quan vuestro soy.

Ram. De vèr à vuestras Altezas con salud, à mi me doy dichosas enhorabuenas.

Iren. Yo os agradezco, señor, cortesia tan vuestra.

Ricard. Ya sabeis fomos los dos amigos à todo trance.

Emper. Saber deseando estoy, què os parece Alexandria?

Ram. Siendo toda admiracion en lo alegre, y sumptuosa, què podrè decir, si no

puede la lengua explicar lo vario de su primor? pero en tanto como he visto, solo un caso, que està oy sucediendo, es el prodigio de los prodigios mayor.

Emp. Decidme, què es?

Ram. Un Clemente, à quien el Cielo dotò, sobre ilustre nacimiento, y admirable discrecion, virtud la mas singular, que viò el mundo, ha muerto oy: fue poderoso en la hacienda, toda en pobres la gastò, repartiendo en Hospitales, y obras pias, su fervor, su hacienda, y la de sus hijos, diciendoles, que si es Dios quien al hombre dà la hacienda, el hombre no tiene accion de decir, que nada es suyo; y haciendo reparticion, de lo que toca à sus hijos, les ha dexado un Tutor, para que los alimente.

Emp. Quien es esse Tutor?

Ram. Dios.

Emp. Valgame el Cielo, què escuche! ya descubristeis, señor, vuestros deudores: los hijos donde estàn?

Ram. Estàn, señor, sirviendo en un Hospital.

Morc. Què escucho! mis amos son.

Emper. Ola.

Alber. Señor, què me mandas?

Emper. Que traygais, sin dilacion, los dos hijos de Clemente à Palacio.

Alber. Voy, señor, à executar lo que mandas. *vase.*

Ricard. Aquesta es buena ocasion, Carlos, de pedir por ti; yo tenia, Don Ramon, que pediros.

Ram. Què mandais?

Ricard.

Ricard. Que sepais, que guardo yo una prenda vuestra, y quiero restituírosela oy.

Ram. Què alhaja puede ser?

Ricard. Carlos, yo he de alcanzar el perdón vuestro por èl.

Ram. Llegá, Carlos.

Carl. No tengo, señor, acción para hablar, que la vergüenza las razones usurpò.

Emp. Es vuestro hijo?

Ram. Le he criado como à tal.

Salen Alexandro, y Serafina con Alberto.

Albert. Ya están, señor, los dos hijos de Clemente à tus pies,

Alex. Dichoso soy, pues que merezco besarlos.

Seráf. Lo mismo os digo.

Iren. Atención:

què miras? no es Alexandro?

Emp. Levantad, llegad los dos à mis brazos.

Ricard. Què estoy viendo! no es esta, envidia del Sol, Serafina?

Carl. Aquí mi Dama? no desfmayes, corazón.

Emp. A todos tendrá suspenso la novedad.

Todos. Si señor.

Emp. Diosmè ha mandado que pague à quien à èl le prestò: yo he de pagar à Alexandro una deuda, y la mayor que puede darme cuidado: pedid, pues.

Alex. Ay confusión mas grande! Què he de pedir, si no merezco, señor, el que de mí os acordéis?

Emp. Mi palabra Real os doy, de que la cosa mas ardua

no he negar: pedid vos, y sea lo que quisieris, pues os dexo la elección: vosotros sois acreedores, pedidme, pues.

Alex. Yo, señor, si os he de pedir (que espero malograr esta ocasión, será del ánimo ultaje) os pido à Irene, señor.

Emp. Si ha de casar con Ricardò mi hijo?

Ricard. Aunque tanto voy à perder, si Irene gusta, yo cedo.

Iren. Gustosa doy la mano à quien me diò vida:

Emp. Quando la vida te diò?

Iren. Un día, que salí à caza, del cavallo lo feròz me huviera dado sepulcro en las peñas, si el valor de Alexandro no llegàrà à mi amparo: ved si estoy obligada al beneficio.

Emp. Tu mano es galardón à beneficio tan grande: dáfela.

Alex. Dichoso soy.

Emp. Pues casada mi sobrina; mayor premio se logró en vuestra hermana, Alexandro; que de mi hijo ha de ser oy esposa.

Carl. Què es lo que escucho!

Seráf. Aunque os estimo el favor; yo, señor, tengo marido.

Ricard. Ya mi esperanza acabò.

Emp. Pues con quien quereis casaros?

Seráf. Con Carlos.

Carl. Dichoso yo, que te merezco.

Ram. Aguardad.

Emp. Pues què ay que aguardar?

Ram. Señor,

que es su hermana Serafina.

Seráf. Què escucho!

Carl. De marmol soy!

Ram.

Rari. Señor, de Clemente es hijo,
que le crió mi atención
desde sus primeros años.

Carl. Ya la fuerte me logré
la dicha de ser tu hermano:
dame los brazos.

Seráf. Mi amor
no en vano el alma te daba.

Emp. Raro caso! *Ric.* Yo el favor
espero de Serafina.

Emp. Dale la mano.

Seráf. Es razon
no negarme à tal fineza.

Alex. Quien tal ventura logró?

Emp. Carlos, yo te casaré.

Carl. Ser tu esclavo quiero yo.

Morc. Y Morcon ha de casarse?

Flor. Con quien sea otro Morcon.

Todos. Esta es verdadera Historia,
digna de la admiracion,
porque solo en esta vida
el Buen Pagador es Dios.

F I N.

Hallaràse esta Comedia, y otras de diferentes Ti-
tulos en Madrid en la Imprenta de Antonio Sanz,
en la Plazuela de la Calle de la Paz.

Año de 1751. *